1807

JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

La caseta de la feria

COMEDIA

en tres actos, en prosa, original

Copyright, by José Fernández del Villar, 1919

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1919

14

LA CASETA DE LA FERIA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA CASETA DE LA FERIA

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

Estrenada en el TEATRO INFANTA ISABEL, la noche del 28 de Noviembre de 1919

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.
TELÉFONO, M 551
1919

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/lacasetadelaferi17614fern

A Pedro Muñoz Seca
y Pedro Pérez Fernández,

AUTORES DE «TRIANERÍAS»

Con el cariño y la admiración de su siempre devotísimo amigo y compañero,

J. Fernández del Villar.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA TERESA	María Gámez.
BLANQUITA	Carmen Posadas.
MICAELA	Joaquina del Pino.
DOÑA PEPITA	Nieves Suárez.
ANA	Blanquita Jiménez.
MARÍA PEPA	Isabel Plaza.
SOLITA	Ofelia Cortesina.
MANOLO ACUÑA	José García Aguilar.
DON NICOLÁS	Pedro Sepúlveda.
DON GONZALO	José Calle.
PEDRITO	Francisco Pierrá.
AGUSTÍN	Francisco Alarcón.
JUANITO JIMÉNEZ	Antonio del Pino.
PAQUITO MARQUÉS	Antonio Estévez.
DON MANOLITO	Enrique Navas.
CASCABELES	Enrique Navas (h.)
VICENTE	Alfredo Aláiz.
EL CARTERO	Guillermo Calvo.

La acción en Cañaverales, pueblo andaluz.—Epoca actual

ACTO PRIMERO

Patio con columnas de un caserón solariego, en Cañaverales. Al foro izquierda, puerta cancela, al través de cuyos hierros se descubre el zaguán, iluminado por la tenue luz de aceite que encierra un farol pendiente del techo. Forillo de calle. Al foro derecha un perchero. En el centro de la escena una pequeña fuente de mármol blanco, con macetas en el borde. A la derecha el arranque de una escalera, y a la izquierda una puerta que conduce al comedor y a la parte de la casa destinada a la servidumbre. Aparatos de luz en distintos sitios del patio. Sillas y sillones de mimbre. Suelo de ladrillos rojos. Es de noche y en el mes de junio. La luna ilumina la calle y se mira en el agua de la fuente.

—

(Al levantarse el telón, aparece el patio encendido. Sentada en uno de los sillones, leyendo una novela, está MARÍA TERESA, una muchacha de veintitantos años, bonita como un cromo. Por la escalera baja DOÑA PEPITA, madre de María Teresa. Doña Pepita es una señora que frisará en los cincuenta años. Viste de oscuro y peina en crenchas la madeja gris de sus cabellos.)

Doña Pepita. (Después de mirar al suelo.) ¡Esta muchacha!... ¡Anilla!... ¡Ana!... ¡Nada, que se ha empeñado en baldarnos a todos! (En voz más alta.) ¡Ana!...

María Teresa. (Suspendiendo la lectura.) Pero, ¿qué ocurre, mamá?

Doña Pepita. (Mostrándole a su hija el suelo del patio.) ¿No estás viendo? (A gritos.) ¡Ana!...

Ana. (Dentro, hacia la izquierda.) ¡Mande usté!

Doña Pepita. ¡Ven acá! (A su hija.) Le tengo dicho que no me riegue el patio y como si tal cosa. Así, aunque me canse de tomar potingues, no se me quitará el reuma en toda la vida. ¡Ana!

611782

(Por la puerta de la izquierda aparece ANA, toda asustada. Es una criadita muy mona.)

Ana. ¿Yamaba usté?

Doña Pepita. (Con mal modo.) ¿Qué te tengo dicho?

Ana. (Con azoramiento.) La comía a los poyos se la ha querío echá la señorita María Teresa. ¿Verdá, señorita? ¡Yo no tengo la curpa!

Doña Pepita. Si no me refiero a eso.

Ana. Pues er «Surtán» se lo ha yevao esta tarde don Manolito.

Doña Pepita. ¡Y dale!

Ana. ¿Le ha fartao aseite ar gaspacho?

Doña Pepita. No le ha faltado aceite al gazpacho.

Ana. ¿Entonces?...

Doña Pepita. A la que le va faltando la paciencia es a mí. ¿No te tengo dicho que no me riegues el patio?

Ana. Le arvierto a usté, doña Pepita, que se mascaba er porvo, y pa aplacarlo le eché una mijitiya de agua.

Doña Pepita. Y una mijitiya de agua, como tú dices, ¿forma estos charcos?

Ana. A lo mejó es er bruto de Agustín, que me tiene *inquinia*, y pa que usté me regañe es capaz de habé vasiao aquí er botijo.

Doña Pepita. Siempre andas tú metiéndote con Agustín y Agustín metiéndose contigo.

Ana. Porque me tiene *inquinia*. ¡Como no le hago caso!...

María Teresa. No dice eso Agustín.

Ana. Porque es mú alabansioso, señorita, y se cree que como en er tiro de pichón no le faya un palomo, con las mujeres le va a pasá lo mismo. (Suena la campanilla de la cancela.) Y anda por ahí dándose tono; pero tó esto va a durá hasta que yo me harte. (Vuelve a sonar la campanilla.)

Doña Pepita. ¿No oyes que llaman?

Ana. ¡Voy, señorita!... Lo que a mí me sobran son hombres, hombres... (Abre la cancela y entra DON NICOLÁS.) ¡Venga usté con Dios, don Nicolás! (Volviendo a su conversación.) ¿Sabe usté, señorita? ¡Hombres!

María Teresa. Pues si con el sobrante pones una tómbola, te haces rica sin salir del pueblo.

Ana. ¡Qué cosas tiene la señorita!

(Don Nicolás es un caballero de la Mancha, como el famoso hidalgo, aunque a decir verdad, más cerca está de parecerse al Sancho que al Quijote. Vive en Cañaverales desde primeros de julio a fines de agosto, o sea la temporada oficial que está abierto el balneario, porque—hora es ya de decirlo—la gala de Cañaverales son unas mila-

grosas aguas termo-alcalinas bicarbonatadas, que a don Nicolás le prueban a maravilla. Se hospeda, desde tiempo inmemorial, en casa de doña Pepita,—tampoco hemos dicho que la casa de doña Pepita es la fonda del pueblo—y tiene con la dueña una gran confianza. Don Nicolás es hombre de cuarenta y tantos años, solterón recalcitrante, pulcro en el vestir y de carácter abierto y expansivo. En la actualidad, él y don Manolito, que ya vendrá a recogerse y le conoceremos, son los únicos huéspedes de la fonda. Don Nicolás deja en el perchero su sombrero y su bastón y se sienta en uno de los sillones del patio.)

Don Nicolás. Felices.

Doña Pepita. Buenas noches.

Ana. Y si no, aquí está don Nicolás.

Don Nicolás. Aquí está don Nicolás. ¿Qué hay?

Ana. Diga usté su verdá. ¿Le hago yo caso a Agustín?...

Don Nicolás. Muchísimo. Y en cuanto el muchacho mira a otra mujer, te pones dada a todos los demonios.

María Teresa. (Riéndose.) ¡Mal abogado escogiste!

Ana. Es que a don Nicolás le gusta quemarme la sangre, pero demás sabe él que yo despresio a Agustín.

Don Nicolás. Si tú llamas despreciar a quedarte embobada mirándole y a ponerle florecitas en el ojal cuando sale los domingos, sí que lo desprecias.

Ana. ¡Vamos! Lo que usté quiere es quearse conmigo.

Don Nicolás. No tendría inconveniente.

Doña Pepita. En fin, Anilla, lo cierto es que a ti toda la fuerza se te va por el pico y que encargo que se te da, encargo que no cumples.

Don Nicolás. ¡Válgame Dios! ¡Siempre han de estar regañándote, mujer!

Ana. (Afligiéndose.) Porque la tién tomá conmigo. ¡Eso es! ¡Si soy más desgrasiá que una estera! (Vase lloriqueando por la puerta de la izquierda.)

Doña Pepita. Ea, ya comenzó el llanto. Pero esta chiquilla debe estar neurasténica.

Don Nicolás. Lo que está es como un cigarrón por encontrar un novio. Y como da la coincidencia de que el hombre que tiene más a mano le ha salido un erizo...

María Teresa. No lo cree ella así, don Nicolás. Porque me aseguraba muy formal, hace un instante, que lo que le sobraban eran hombres.

Don Nicolás. ¡Ganas, María Teresa!

María Teresa. ¡Figúrese usted! (Pequeña pausa.)

Doña Pepita. ¿Se dió ya el paseito?

Don Nicolás. Ya se dió. Y sin encontrar un alma, según costumbre. ¡Quién conoce Cañaverales, doña Pe-

pita! De como estaba el pueblo en los primeros años de venir yo a tomar las aguas a como está ahora...

Doña Pepita. ¡Aquellos tiempos!...

Don Nicolás. Esta fonda, hoy silenciosa, con mi persona y con don Manolito por únicos huéspedes, era una colmena. ¿Se acuerda usted?

Doña Pepita. ¿Cómo olvidarlo? ¡El ferrocarril fué el enemigo! Cuando al tender la línea quedó Cañaverales apartado diez kilómetros de ella, la gente huyó de aquí.

Don Nicolás. Huyeron todos, menos yo, que he seguido acudiendo todos los años.

Doña Pepita. Es que hombres de la constancia de usted se encuentran pocos, don Nicolás.

María Teresa. El Ayuntamiento debiera hacerle hijo adoptivo de la población.

Don Nicolás. ¿Tú crees, María Teresa?...

María Teresa. ¡Digo! Llega usted un día antes de abrirse el Balneario y se va usted dos días después de que se cierra.

Don Nicolás. ¡Gratitud, hija mía, gratitud a estas aguas termo-alcalinas bicarbonatadas, que me dan la vida!

María Teresa. ¡Sí que le prueban bien!

Don Nicolás. A la semana de estar aquí, soy otro.

María Teresa. Y, sin embargo, los enfermos como usted, se van a Alzola.

Don Nicolás. Porque buscan antes el tonteo que la salud. (Con un mohín de repugnancia.) ¡Ah! ¡Vanidad hasta en el ácido úrico! (Pequeña pausa.) ¿Qué noticias hay del pollo?

Doña Pepita. Esta noche llega.

Don Nicolás. ¿Con su año aprobado?

Doña Pepita. ¡Gracias a Dios!

Don Nicolás. Eso está bien. ¡Es listo Pedrito, es listo!

(Por la cancela se asoma BLANQUITA, una muchachita simpática y graciosa. Viene destocada y con un chal de seda sobre los hombros.)

Blanquita. ¿Se puede pasá?

Don Nicolás. ¡Caramba! ¡Blanquita!

Doña Pepita. Ya la estaba yo echando de menos. (Abre la cancela y entra Blanquita que da su par de besos a doña Pepita y a María Teresa y la mano a don Nicolás.) ¡Entra, mujer!

Blanquita. ¿Cómo está usté, doña Pepita? ¿Y tú, María Teresa? ¿Y usté, don Nicolás?

Don Nicolás. ¡Ahí vamos! ¿Y el Coronel?

Blanquita. ¿Mi padre? Me ha dejado a la puerta y se ha ido al Casino a jugar su partida de tresillo. Luego

vendrá por mí, como todas las noches. (Sentándose.) ¿Qué hay de nuevo?

Doña Pepita. (Sentándose también.) Pues un día más que ayer.

Blanquita. Verdá que en el pueblo ocurren pocas novedades. (Suspirando.) ¡Ay! ¡Dichoso pueblo! ¿Qué lees, María Teresa?

María Teresa. *La hermana San Sulpicio.*

Blanquita. Yo, ya hasta de leer, me aburro.

María Teresa. Es una novela deliciosa.

Blanquita. La conozco. ¡Es divina! ¡Bueno! Ya se me escapó.

Doña Pepita. ¿El qué?

Blanquita. La palabrita. ¡Otra parte de rosario que tendré que rezar! El Vicario me tiene dicho que divino no hay más que Dios y yo me he empeñado en aplicarle el adjetivo hasta a los gatos. Y me echa cada penitencia que me dobla, pero como si no... ¡Se me escapa sin querer! ¡Es una desdicha!

Don Nicolás. Así ya tienes con qué distraer tu aburrimiento; pasando cuentas del rosario...

Blanquita. ¡Ah! Pero, ¿es que usté cree que el rezar no me aburre? ¡Más que nada! Y el Señor me perdone. Tengo la menor cantidad de espíritu de monja que se pueda usté imaginar. Aparte de que respecto al rezo, sustento yo una teoría muy peregrina, pero muy lógica también. Yo me coloco en el lugar de Dios.

Doña Pepita. Blanquita, no empieces a desbarrar.

Blanquita. ¡No desbarro, doña Pepita!

Don Nicolás. ¡Déjela usté que se explique!

María Teresa. Ya está don Nicolás en sus glorias oyendo a este demonio.

Blanquita. ¡A ver si no tengo razón! Hemos dicho que yo me coloco en el lugar de Dios. ¿No es esto? Conforme. Y llega a mí una beata y me dice, de buenas a primeras: «Padre nuestro, que estás en los cielos, etcétera, etcétera.» Y yo la escucho encantado. Pero acaba y vuelve a empezar: «Padre nuestro, que estás en los los cielos, etcétera, etcétera.» Y acaba también. Y sigue: «Padre nuestro, que estás en los cielos...» ¡Y así cuarenta veces! A la segunda de haberme dicho lo mismo ya le he vuelto la espalda, porque una de dos; o me cree tonto, que con una sola vez no me entero, o me quiere dar la tabarra, ¿no es verdad?

Don Nicolás. Exacto.

Blanquita. Por eso yo, cuando el cura me impone treinta y tres Padres nuestros, en memoria de los treinta y tres años que vivió el Señor, pongo por penitencia,

me arrodillo ante un Cristo y le rezo con toda devoción el primer Padre nuestro con su Ave María y su Gloria Patri y luego le digo: «Esto, Jesús mío, me han encargado que te lo repita treinta y tres veces, pero considerando que si yo hago eso, la penitencia va a ser para ti y no para mí, no te canso más y me marcho.» Y el Señor—¡serán figuraciones mías!—pero me parece a mí que me lo agradece y hasta que me dice con los ojos: «¡Anda con Dios que has estao buena, Blanquita!»

Don Nicolás. (Riéndose.) ¡Admirable, admirable!

Doña Pepita. (Horrorizada.) ¡Te condenarás, Blanquita, te condenarás!

Blanquita. Pero, ¿le parece a usté poca condenación, doña Pepita, tener veinte años y vivir en Cañaverales, donde si se sale y se encuentra una en la Alameda al Juez hay que tocar un pito? Sin contar con que yo tengo de Dios una idea distinta a la de las beatas de este pueblo. A mí no se me ha ocurrido todavía pedirle a Dios, como hizo doña Gertrudis en una ocasión, que el vestido que envió a Málaga al tinte, no le encogiera. ¡Y ya ve usté! Yo paso por descreída y a doña Gertrudis se la tiene por santa. ¡Injusticias del mundo!

María Teresa. ¡Di que sí, chiquilla!

Doña Pepita. (En tono de reconvención.) ¡María Teresa!

María Teresa. Aquí lo que hay es mucha hipocresía. Por eso me carga tanto el pueblo. Sea porque yo no me he criado aquí; porque hasta los diez y ocho años he vivido en Granada, en el Colegio de las Madres, lo cierto es que no acabo de hacerme al trato de esta gente que por delante le bailan a una el agua y por detrás le arrancan las tiras del pellejo. Unicamente he podido congeniar con Blanquita, que tiene muchos puntos de contacto con mi manera de pensar y de sentir.

Doña Pepita. Bueno, bueno, doblemos la hoja y cada cual se guarde su pensamiento. En el pueblo habitamos y hay que no poner mala cara a nadie. ¡Que no tenga yo que arrepentirme de haberte dado la educación que te he dado, María Teresa!

María Teresa. Eso no, mamá. Aquí hablamos en el seno de la confianza,—don Nicolás es como si fuera de la familia—segura puedes estar de que nunca daré qué decir.

(Por la cancela asoma la risueña faz de MICAELA, una jamona arrogante y guapa, a quien acompañan sus hijas MARIA PEPA y SOLITA, dos muchachas de quince a veinte años, bonitas y pizpiretas.)

Micaela. ¿Hay posada para unos peregrinos?

Doña Pepita. (Levantándose para abrir la cancela.) ¿Micaela y sus hijas?

María Teresa. ¿Quién se quiere morir?

Doña Pepita. ¿A qué se debe esta visita?

Micaela. Que nos hemos enterado de que esta noche llega Pedrito y no hemos querido dejar de venir a saludarle y a darle la enhorabuena por el buen resultado de sus exámenes.

Doña Pepita. Dios os lo pague, hijas.

Micaela. María Teresa... Blanquita... Don Nicolás...

Don Nicolás. Señora... ¿Y el esposo?

Micaela. ¿Vicente? Bien, muchas gracias; en el Casino.

Don Nicolás. (Saludando a María Pepa y a Solita.) Pollitas...

(Las mujeres se besan unas a otras. Luego se sientan todos. Las muchachas forman grupo aparte, hacia la izquierda.)

Micaela. (A doña Pepita.) ¿No ha venido aún?

Doña Pepita. ¿Quién? ¿Mi hijo? Hasta las diez no lo espero. Esto contando con que no traiga retraso el tren.

Micaela. ¿Le has mandado el coche?

Doña Pepita. Hace dos horas que salió con él Agustín.

Micaela. Estarás tan satisfecha.

Doña Pepita. ¡Calcula!

Micaela. Este año que ha aprobado es el último.

Doña Pepita. No; todavía le falta otro para terminar.

Micaela. Yo creía que era el último... ¡Dichosas carreras que no se acaban nunca! Si por algo estoy contenta de no haber tenido ningún varón es por eso.

Doña Pepita. Pues: ¿y Juanito?

Micaela. Juanito es hijo del primer matrimonio de Vicente—ya lo sabes—y aunque como a hijo le quiero, pero, en fin, no es lo mismo. (Pequeña pausa.) ¿Qué cuenta usté, don Nicolás?

Don Nicolás. Cuento, y no acabo, las perfecciones de usted, señora. ¡Qué ojos! ¡Qué nariz! ¡Qué boca!

Micaela. ¡Don Nicolas, que soy una mujer casada!

Don Nicolás. ¡Y bastante que lo siento yo!

Micaela. ¡Este don Nicolás siempre tan bromista!

Doña Pepita. Genio y figura...

María Pepa. (A María Teresa.) ¡Pues hija, todas como tú, que tienes donde escoger!

María Teresa. ¡Ahí verás!

María Pepa. ¿Es que mi hermano Juanito no es un partido para cualquier muchacha del pueblo? ¡Pues rifado está! Pero él no quiere a ninguna más que a ti.

María Teresa. Y yo le agradezco la deferencia, pero no es mi tipo.

Solita. ¡Ay, hija! ¿Es que tú crees que en un pueblo como Cañaverales, donde hay media docena de mu-

chachos para doscientas mujeres, se pueden tener tipos?

Blanquita. ¿Por qué no? Siempre queda el recurso de no casarse antes que cargar con un zopenco.

María Pepa. ¡Es que mi hermano no es ningún zopenco!

Blanquita Ni yo digo que lo sea. Pero Paquito Marqués, el boticario, el otro pretendiente de ésta y rival de tu hermano, es de los que cuando se pelan dejan caer al suelo pedacitos de corcho. ¡Un completo alcornoque!

Solita. Por eso es más extraño que María Teresa dude en la elección.

María Teresa. ¡Si no dudo!

Blanquita. ¡Qué ha de dudar! Entre los dos se queda sin ninguno.

María Teresa. Yo sueño con un hombre superior, inteligente, rendido, amoroso...

María Pepa. ¡Un héroe de novela, vamos! Pues eso ni aquí ni en la China lo encontrarás, María Teresa.

María Teresa. Ni tengo prisa por hallarlo. Soy muy joven todavía. ¡Puedo esperar!

Solita. ¡Y esperando hay tantas que se pasan la vida!...

(Dentro y lejano se oye el cascabeleo de un coche que se acerca y que últimamente se detiene a la puerta de la casa.)

Micaela Me parece que ya suena el coche.

María Teresa. (A Blanquita.) ¿No oyes? ¡Ya está ahí mi hermano!

Doña Pepita. Pues ha venido antes de lo que yo suponía. ¡Ana!

(ANA sale por la izquierda.)

Ana. ¡Señora! ¡Er coche!

Doña Pepita. ¡Hijo mío!

(Salen todos a la puerta de la casa. Cuando se supone que el coche se detiene, se oyen gritos de alegría, murmullos, exclamaciones, toda la gama de un recibimiento efusivo. A poco, entra ANA con una maleta y AGUSTIN con un baú!. Agustín viste pantalón oscuro, guayabera de dril y sombrero ancho.)

Ana. Er señorito que viene con er señorito, ¿se va a quedá aquí?

Agustín. ¡Naturá, mujé! ¿Quiés que duerma en la era?

Ana. No, hijo, pero podía sé que se fuera a la fonda der Barneario.

Agustín. Y si se fuera a la fonda der Barneario, ¿iba a vení en nuestro coche? Anda ya, lagartija, y prepárale un cuarto.

Ana. ¡Sube tú primero!

Agustín. No, sube tú, que se me pué caé er baú por la escalera y te pueo lastimá y no quiero...

Ana. Tú lo que andas buscando es... (Por señas le indica que quiere verle las piernas.) ¡y no!

Agustín. Pero, ¿qué voy yo a queré?... (Repite el movimiento de Ana.) ¿No sabes que desde que me he quitao de la bebía, me enseñan una caniya y me pongo malo?

Ana. (Como si le hubieran puesto una banderilla de fuego.) ¡Ay, oye! ¿Y es que mis piernas son caniyas?

Agustín. No sé. ¿Te las he visto nunca?

Ana. ¡Pues, hombre! ¡Sí que eres fino! ¡Me gusta! (Sube por la escalera, recogiéndose la falda.)

Agustín. ¡Ya está! Ahora es eya la que tiene empeño en enseñármelas. ¡Las mujeres! (Cantando por lo bajo mientras sube por la escalera.)

Las mujeres, las mujeres,
cuanto más bonitas son
menos pantorrillas tienen.

(Vase.)

(Por la cancela entran DOÑA PEPITA, MICAELA, MARIA TERESA, BLANQUITA, MARIA PEPA, SOLITA, DON NICOLAS, PEDRITO y MANOLO ACUÑA. Pedrito es un mocetón de veintidós años, fuerte y robusto. Manolo Acuña, un hombre de treinta, elegante y mundano. Pedrito entra abrazado a su madre. Micaela con don Nicolás y las chicas en pelotón, flechando a miradas al forastero. Cada una en su imaginación acaricia la idea de atraparlo para sí.)

Pedrito. ¡Bueno, mamá! Ya me tienes aquí.

Doña Pepita. Mentira me parece, hijo mío.

Pedrito. Pase usted, Acuña, pase usted.

Doña Pepita. (Fijándose en Manolo.) No puede negar el parentesco. Es el vivo retrato de su madre.

Manolo. ¡Eso dicen!

Doña Pepita. Pero, ¿cómo? ¡Clavado!

Pedrito. (A Manolo.) Siéntese usted. Ahora subirá usted a su cuarto. (A doña Pepita.) ¿Lo está arreglando la muchacha?

Doña Pepita. Supongo que sí.

Pedrito. (Abrazando a su hermana.) ¡María Teresa! ¡Qué buena estás, mujer! ¡Vaya unos colores que vas echando! (Presentándosela a Manolo.) ¡Esta es mi hermana!

Manolo. ¡La famosa María Teresa!

María Teresa. ¿Por qué famosa?

Manolo. En casa de mi madre, famosísima. Mi hermana Rosario no sabe hablar de otra cosa.

María Teresa. ¡Rosarito Acuña! ¡Mucho que nos hemos divertido en el colegio!

Manolo. Cuenta de usted y no acaba; de su ingenio, de su gracia, de su travesura, de su belleza...

María Teresa. ¡Por Dios! Ella, en su bondad, que lo cree así, pero no hay nada de eso por desgracia. ¡Qué más quisiera yo!

Manolo. Lo de la belleza acabo de comprobarlo, señorita; salta a los ojos.

María Teresa. ¡Muy amable!

Micaela. (¡Es galante el forastero!) (Procurando que Acuña se fije en sus hijas, llama a una de ellas sacándola del grupo donde está con las otras amigas.) ¡María Pepa! ¡María Pepa!

María Pepa. ¿Qué quieres, mamá?

Micaela. ¿Tú sabes si tu padre dijo que vendría por nosotras?

María Pepa. Sí, mamá. ¿No te acuerdas?

Micaela. Lo había olvidado.

Blanquita. (En voz baja a María Teresa.) ¡Ya está Micaela destacando a sus niñas! ¡Es una vergüenza!

María Teresa. ¡Déjala, mujer!

Blanquita. ¡Solita, dame tu abanico! Tengo calor. (Solita se lo da.)

Manolo. ¡Sí que hace una noche calurosa!

Micaela. Mucho. (Presentándole a las niñas.) Son mis hijas.

Manolo. ¡Muy guapas!

Micaela. Favor que usted les hace.

Manolo. Justicia. Tienen además a quien parecerse.

Don Nicolás. ¿Eh, Micaela? Ya no soy yo sólo el que lo reconoce.

Micaela. Muchas gracias.

Manolo. ¿Y esta señorita que se oculta?

Pedrito. ¿Blanquita? (A Blanquita.) ¡Sal! (Presentándola.) ¡Es mi novia!

Blanquita. ¡Límpiate, Pedrito! (Las otras muchachas se ríen.)

Doña Pepita. Pero, ¿por qué no nos sentamos?

María Teresa. Es verdad. (Se sientan todos.)

Manolo. Sospecho que voy a pasar en Cañaverales unos días deliciosos. ¡Tanto como me habían ponderado su soledad, su aburrimiento!... Con tan agradable compañía es muy difícil aburrirse.

Blanquita. ¿Viene usted de Madrid?

Manolo. De Madrid vengo, señorita.

Blanquita. Ya se le nota a usted el aire cortesano. A la semana de estar en Cañaverales bostezará usted, a pesar de la agradable compañía. Esto no es un pueblo; es un criadero de ostras.

Manolo. Sin duda exagera usted.

Blanquita. ¡Al tiempo! Ahora, si se marcha usted mañana no digo.

Doña Pepita. ¿Viene usted por muchos días?

Manolo. Los que hagan falta para arreglar el asunto que me trae.

Doña Pepita. (A don Nicolás.) El señor es hijo de Rosario Vélez... ¿La recuerda usted?

Don Nicolás. ¡Ya lo creo! Rosario Vélez, que se casó con Acuña el ingeniero que vino a construir el puente sobre el Ájar...

Doña Pepita. Justamente.

Don Nicolás. ¿No se fueron a vivir a Granada?

Manolo. Sí, señor; y en Granada hemos vivido hasta la muerte de mi padre.

Doña Pepita. Después, Rosario y sus dos hijos trasladaron su residencia a Madrid.

María Teresa. En Granada fué donde Rosarito y yo nos conocimos, en el colegio de las Madres. En los primeros meses de su estancia en Madrid me escribía alguna carta que otra, pero hace ya unos años que me olvidó por completo.

Manolo No lo crea usted.

María Teresa. ¿Se casó Rosarito?

Manolo. Tontea con un capitán de húsares. ¡Buena personal Acabará casándose con él.

Doña Pepita. Usted también se hizo ingeniero como su padre ¿no?

Manolo. Sí, señora.

Pedrito. Pero esto no es una conversación, mamá; es un cuestionario. (A Manolo.) Ya no hace falta más sino que le pregunten a usted si es soltero o casado.

Micaela. ¿Y es soltero?

Manolo. (Como si no la hubiera oído.) Mi viaje no tiene otro objeto que el de hallar comprador para nuestra finca de «Los Rosales».

Blanquita. Pues ya lo tiene usted: mi padre.

Manolo. Celebraré mucho que así sea.

Doña Pepita. ¿Cómo? ¿Van ustedes a desprenderse de su finca?

Manolo. ¿Para qué la queremos, señora? Aquí no hemos de venir, y para tenerla cerrada y sin cultivo, no merece la pena de conservarla.

Doña Pepita. Es cierto.

(Por la escalera baja ANA.)

Ana. (A doña Pepita.) ¿Señora? Cuando el señorito quiera subir ya tiene lista su habitación.

Manolo. (Levantándose.) Ahora mismo.

Doña Pepita. ¿Va usted a comer?

Manolo. No, señora; muchas gracias. Pedrito... Le digo Pedrito porque veo que así le llaman todos, y no quiero desentonar.

Doña Pepita. Hace usted muy bien.

Manolo. Pues Pedrito ha sido tan amable que ha compartido conmigo su merienda en el tren.

María Teresa. ¿Dónde se han conocido ustedes?

Pedrito. En el empalme de Bobadilla. Acuña, que descendía de Madrid, tuvo que tomar el tren de Granada, donde yo venía, y subió a mi departamento, y hablando, hablando, nos dimos a conocer. Me dijo que pensaba hospedarse en nuestra casa, que traía una carta de presentación para mamá...

Manolo. Por cierto que aún no se la he dado. (Saca una carta del bolsillo y se la entrega a doña Pepita.) Ahí va. Es de mi madre.

Doña Pepita. ¡Ah!

Manolo. Para mí ha sido una feliz casualidad hallarme con Pedrito, tan simpático, tan servicial, tan listo...

Pedrito. ¡Acuña!...

Manolo. Trae todas sus asignaturas con nota de sobresaliente... (A doña Pepita.) Le doy a usted la enhorabuena.

Doña Pepita. Muchas gracias.

Blanquita. ¿De veras, Pedrito? ¿Sobresaliente en todas?

Pedrito. ¡Para que te pongas moños!

Manolo. En fin... ¡Ah! Oiga.

Doña Pepita. Usted dirá.

Manolo. Lo que sí desearía es café.

Pedrito. Iremos al Casino a tomarlo.

Manolo. ¡De acuerdo! Hasta ahora entonces. Con el permiso de ustedes. (Vase por la escalera.)

Doña Pepita. Hasta ahora.

María Teresa. (A Ana.) ¡Anda y acompáñale!

Ana. Está arriba Agustín. (Vase por la izquierda.)

Don Nicolás. (Echándole el brazo por encima de los hombros a Pedrito.) ¡Bien, Pedrito, hombre!

Doña Pepita. (Cogiendo a Pedrito y abrazándole con verdadera efusión.) ¡Hijo de mi alma! ¡Déjame que te abrace ahora a mi satisfacción!

Pedrito. ¡Mamá!...

Don Nicolás. ¡Bueno está, señora!

Doña Pepita. ¿Qué va a estar bueno? ¡Un año entero sin tenerlo a mi lado!

Don Nicolás. No exageremos: nueve meses.

Doña Pepita. Para una madre, nueve siglos.

Don Nicolás. (Tomando a Pedrito nuevamente por su cuenta.) ¿Cómo te has dejado Granada, muchacho?

Pedrito. ¡Imagínese usted! ¡Hecha un ascua de oro! ¡En plenas fiestas del Corpus!

(Doña Pepita en el primer término derecha, se pone a leer con ayuda de unas gafas, la carta que le ha entregado Acuña. Micaela aparta a Pedrito de don Nicolás y se lo lleva al grupo de las muchachas, pero don Nicolás se une también al grupo.)

Micaela. ¡Oye, Pedrito!... ¿Y ese Acuña?...

Pedrito. Muy simpático, ¿verdad?

Blanquita. ¡Simpatiquísimo!

María Pepa. Pero, ¿es soltero o casado?

Pedrito. No lo sé.

Solita. Pues es lo primero que has debido averiguar.

Pedrito. ¡Perdóname, Solita!

Micaela. Tipo de casado no tiene.

Don Nicolás. ¿Es que usted cree, Micaela, que el casado tiene un tipo especial?

Micaela. ¿Quién lo duda? El hombre soltero, aun cuando pase de los cuarenta, siempre va hecho un paquete—no tiene usted más que mirarse al espejo.—El casado, en cambio, va más desaliñado, con menos atildamiento. ¡Es una observación que la hace cualquiera!

Blanquita. Micaela lleva razón.

Don Nicolás. Lo que no se puede negar es que el tal Acuña es un buen mozo.

Micaela. ¡No se puede negar!

Don Nicolás. ¡Y que María Teresa lo ha flechado!

María Teresa. Don Nicolás, no empiece usted con sus bromas.

Don Nicolás. ¡Nada de bromas! Su padre llegó al pueblo a construir un puente—cosa ardua y difícil—e hincó el pico con Rosarito Vélez, ¿qué de particular tiene que el hijo que no viene más que a vender una finca, se case contigo? ¡Ley de herencia! ¿No tengo razón, Pedrito?

Pedrito. ¡Pudiera ser!

María Teresa. ¿También tú?

Doña Pepita. Oye, María Teresa: a ver si me lees esta carta, que yo no la entiendo bien.

María Teresa. Voy. (Se aparta del grupo y va a donde está su madre.)

Pedrito. ¿Y Juanito, Micaela?

Micaela. Tan bueno, gracias a Dios.

María Pepa. Vendrá a saludarte.

María Teresa. (Con la carta en la mano.) La firma la madre, pero la letra es de la hija. (Leyendo.) «Querida Pepita: al cabo de los años te escribo para recomendar-

te a mi hijo Manolo, que va al pueblo a vender nuestra hacienda de «Los Rosales». Trátalo como si fuera yo misma...» (Sigue leyendo.)

Blanquita. Lo que estás es más gordo, Pedrito. Se conoce que los estudios te favorecen.

Pedrito. Lo contrario que tú, Blanquita, que no me favoreces nada.

Blanquita. ¡Qué patoso eres!

Solita. (A Pedrito.) ¡Mira! ¡Ya tienes aquí a Juanito!

(Por la cancela aparece JUANITO, tipo perfecto de señorito de pueblo, cargado de preseas.)

Juanito Jiménez. ¡Pedrito!...

Pedrito. (Abriendo la cancela y abrazando a su amigo.) ¡Juan! (La cancela queda abierta.)

Juanito Jiménez. ¡Que sea pa bien, hombre! Ya me he enterao de to.

Pedrito. Gracias.

Micaela. ¿Y tu padre, Juanito?

Juanito Jiménez. En er Casino se ha quedao, pero no tardará. Estaban sacando las puestas. ¡Ar Coronel le han dao esta noche una de codillos!...

Blanquita. ¡El Señor me valga! ¡Pues vendrá bueno!

Juanito Jiménez. ¡Pa pedirle la pulga!

Don Nicolás. ¡Habrá que oirle!

Blanquita. ¡Habrá que no oirle!

María Teresa. (Terminando la carta.) «Y con recuerdos para tus hijos, se despide de ti tu amiga, que no te olvida, Rosario.»

Doña Pepita. ¡Siempre tan cariñosa!

María Teresa. (Devolviéndole la carta a su madre.) Ahí tienes. (Dándole la mano a Juanito que acude a saludarla.) ¡Hola, Juanito!

Juanito Jiménez. Dios te bendiga, mujé. ¿Me saludas ya?

María Teresa. ¿Y cuándo no?

Juanito Jiménez. (Contemplándola con amoroso arrobo.) ¡Sí que estás guapa!

María Teresa. (Apartándose de él.) ¡Los ojos con que tú me miras!

Juanito Jiménez. ¡Arisca!

Pedrito. ¿Subes conmigo, Juan, mientras me lavo un poco y me cepillo?

Juanito Jiménez. Vamos donde quieras.

Pedrito. (A Micaela y sus hijas.) ¿Ustedes no se marcharán todavía?

Micaela. Hemos de esperar a Vicente...

Pedrito. ¡Entonces!... En seguida bajo. ¡Anda, Juanito! (Pedrito y Juanito suben por la escalera.)

(Por la cancela entra PAQUITO MARQUÉS, del mismo tipo y circunstancias que Juanito.)

Paquito Marqués. ¡Santas y buenas!

Don Nicolás. Buenas noches, Paquito.

Paquito Marqués. ¿Llegó el estudiante?

María Teresa. Ya llegó. Ahora mismo va a su cuarto. Suba usted. (En la escalera.) ¡Pedrito, ahí llevas a Paquito Marqués!

Paquito Marqués. Usté, pa no tenerme a su vera ni medio minuto, no sabe cómo echarme.

María Teresa. ¡Hombre! ¡Por Dios!

Paquito Marqués. ¿Tendré mala pata? Hasta ahora. (Sube por la escalera.)

Blanquita. (A María Teresa.) ¡Qué arte te das para despachar a tus pretendientes!

María Teresa. Eso mismo me acaba de decir Paquito.

(Por la escalera baja AGUSTÍN, con un papel escrito en la mano.)

Agustín. (Entregándole el papel a doña Pepita.) Er señorito forastero, que se haga er favó de darle ar peatón este parte pa que lo ponga mañana mismo en Zarzales. Ya le he dicho que aquí no hay telégrafo, que habría que bajá a la estación, pero que si ér quería se le podía da el encargo ar peatón cuando viniera a traerle el periódico a don Nicolás, y ha quedao conforme. Además me ha largao a mí un duro de propina. ¡Es rumboso er señorito forastero!

Doña Pepita. Don Manuel Acuña se llama er señorito forastero.

Agustín. ¡Pos es rumboso don Manué Acuña! (Vase por la puerta cancela.)

María Teresa. (A doña Pepita.) ¿Un parte?

Doña Pepita. Será para su madre.

María Teresa. ¡A ver! ¡A ver! (Le quita el papel.)

Micaela. Acaso el telegrama nos dé la clave...

Doña Pepita. ¡Pero, hija!..

Don Nicolás. Es una incorrección lo que pretendes, María Teresa.

Micaela. No sea usted puntilloso, don Nicolás. Leer una cosa que va abierta no creo que constituya ninguna falta.

María Teresa. ¡Pura curiosidad!

Blanquita. ¡A ver!

María Pepa. Lee.

(Se agrupan alrededor de María Teresa, que tiene el papel en la mano, Blanquita, Micaela y sus hijas y don Nicolás.)

María Teresa. ¿Lo leo, don Nicolás?

Don Nicolás. Léelo. Si te digo que no, lo vas a leer también.

(Las muchachas se ríen.)

Doña Pepita. (Inquieta.) ¡A ver si baja el hombre y es una vergüenza que os pille así!

María Teresa. No baja, mamá. (Leyendo entre la expectación de todos.) «Araceli Mendoza. Ayala, 103, Madrid.»

Micaela. ¿Araceli Mendoza?

María Teresa. ¿Araceli Mendoza?

Blanquita. ¡Será la novia!

Doña Pepita. Seguramente.

Micaela. ¡Sigue!

María Teresa. (Leyendo.) «Llegué bien.» (Con asombro.) «Besos a los niños. Manuel.» (Aplanamiento en todas las mujeres. María Teresa le devuelve el papel a su madre.)

Micaela. (Con sorpresa.) ¡Besos a los niños! ¡Es casado!

Blanquita. (Con admiración.) ¡Es casado!

María Pepa. (Con tristeza.) ¡Es casado!

Solita. (Con indiferencia.) ¡Es casado!

María Teresa. (Con duda.) ¿Es casado?

Don Nicolás. (Con enojo.) ¡Pues es casado!

Doña Pepita. (Con estupor.) ¿Que es casado?

Micaela. ¡Qué desilusión! ¡Y yo que había pensado meterle por los ojos a María Pepa!

María Teresa. ¡Vaya un chasco!

Don Nicolás. (A Micaela.) ¡Eso para que se me venga usted con los tipos especiales, Micaela!

Micaela. Y será casado, pero no tiene tipo de casado, don Nicolás.

Blanquita. ¡Habrá que guardarse el anzuelo para mejor ocasión!

María Pepa. ¡Tú verás!

María Teresa. (Persistiendo en su incredulidad, hija de la simpatía que ha sentido por el forastero.) (Pero, ¿es casado?)

(Dentro se oyen fuertes ladridos).

Doña Pepita. ¡Don Manolito!

Don Nicolás. Ahí está don Manolito, que traerá en el morral un buen par de gorriones, si los trae. Y para eso se lleva un perro que es un elefante.

(Por la cancela entra DON MANOLITO pertrechado de todos los arreos de caza. Es un tipo rechoncho y bonachón).

Don Manolito. A la paz de Dios.

Doña Pepita. Buenas noches. ¿Y el «Sultán», don Manolito?

Don Manolito. Se lo he dejado a Agustín que estaba a la puerta desenganchando el coche.

Don Nicolás. ¿Se han cobrado muchas piezas?

Don Manolito. Una perdiz he matado.

Don Nicolás. ¡Carambal ¡Eso es caza mayor! Y ¿dónde está la perdiz?

Don Manolito. No he podido dar con ella, pero la he matado.

Don Nicolás. ¡Que no le maten a usted!

Don Manolito. ¡Es cierto, don Nicolás! La vi caer; sólo que ya era casi de noche y no me ha sido posible hallarla. ¡Pero la he matado!

Don Nicolás. (A las muchachas.) ¿No os decía?

Don Manolito. (A don Nicolás.) Mañana, de día, la buscaré y se la ofreceré a usted como regalo. Ahora voy a meterme en la cama porque, ¡eso sí!, vengo molido de tanto subir y bajar cuestas. Pero.. ¡calla! No había reparado... ¡Cómo está el patio!... ¿Hay bautizo?

Don Nicolás. Hay recibimiento.

Don Manolito. Pues ¿quién ha venido?

Doña Pepita. Mi hijo Pedrito.

Don Manolito. ¿Ha venido Pedrito?

Doña Pepita. Arriba está en su cuarto.

Don Manolito. (Con alegría.) Subo a darle un abrazo antes de acostarme. ¡El bueno de Pedrito! (Saludando.) ¡A la paz de Dios! (Vase por la escalera.)

Doña Pepita. ¡Que usted descanse!

Don Nicolás. ¡Es fantástico este don Manolito de mis culpas!...

(Dentro, en la calle, se oye discutir a DON GONZALO con VICENTE y, discutiendo, entran en escena los dos por la puerta cancela. Don Gonzalo de la Ribera, a quien en el pueblo conocen por los motes de «El Comendador» y del «Coronel Cascarrabias», es un vejete reumático, de sesenta y tantos años, con el más endemoniado carácter que se pueda imaginar. Arrastra la pierna derecha por efectos del reúma, se apoya en un bastón de nudos y en el ojal de la americana lleva el botón de la Cruz de María Cristina. Tiene unos largos bigotes blancos y una nariz roja a causa de los abusos del alcohol. Vicente es un rico hacendado de Cañaverales, que goza quemándole la sangre al Coronel. Su carácter es abierto y expansivo).

Don Gonzalo. (Dentro.) ¡Usted es un melón, señor mío, que no sabe un pimiento ni del tresillo ni de nada!

Don Nicolás. ¡Ahí viene el Coronel!

Blanquita. ¡Ya está ahí mi padre!

Don Nicolás. ¡Cargadillo llega!

Blanquita. ¡Si le han zurrado!...

Vicente. (Dentro.) ¡Yo no sabré, como usted dice, pero lo he traído a usted en jaque toda la noche, don Gonzalo!

Don Gonzalo. (A la puerta de la casa.) Confunde usted lastimosamente los juegos, mi querido amigo. Para traerme en jaque hubiera sido preciso que jugáramos

al ajedrez y hemos jugado al tresillo. ¡Es usted una cebolleta, mi señor don Vicente! Aparte de que con la suerte de usted coloco yo a una zanahoria en su puesto y también gana. (Vicente se ríe.) ¿Se ríe usted? ¡Canastos! ¡Qué buen humor da la ganancia!

Vicente. ¡Y qué mal humor da la pérdida! (Entrando en la casa.) ¡Hola!

Don Gonzalo. Buenas noches.

Don Nicolás. ¿Qué hay, mi Coronel? ¿Nos han pegado?

Don Gonzalo. (Indignado.) ¡Nos han ganado! Al Coronel Ribera nadie osó nunca pegarle.

Don Nicolás. Eso he querido decir, que nos han ganado.

Don Gonzalo. Pues lo que se quiere decir, se dice y se dice mejor. ¡Me han ganado a mí; a usted no creo que le hayan ganado un céntimo!

Don Nicolás. (Dejándolo por imposible.) ¡Ay, ay, ay!... ¡Cómo está la noche!

Don Gonzalo. ¡Estrellada!

Doña Pepita. (A don Gonzalo.) ¿Qué tal, Coronel?

Don Gonzalo. ¡Molesto, señora, molesto! Arrastrando esta pierna como el que arrastra una cadena. ¡Maldito reúma!

Doña Pepita. ¡Júntese usted conmigo!

Don Gonzalo. ¿Y para qué? ¿Qué adelanto yo con eso?...

Doña Pepita. ¡Don Gonzalo!

Blanquita. ¡Papá!

Don Gonzalo. ¿Qué te ocurre, hija mía? ¡Anda, ponte la toquilla y a casa!

Don Nicolás. (A Vicente, que está en grupo con María Teresa, Micaela, María Pepa y Solita.) Mucho le ha debido usted ganar al Comendador.

Vicente. ¡Nada! Nueve pesetas; pero en cuanto pierde, se pone imposible.

Micaela. Yo, como no jugaría con él... Con ese aire francote de militar retirado, no dice más que groserías.

Don Nicolás. El coronel Cascarrabias, como usted le puso.

Micaela. Es más gracioso lo de usted: El Comendador. Como se llama don Gonzalo...

Vicente. Y que cuando alguno se lo dice, hay que emigrar.

Don Nicolás. ¡Si supiera que yo lo inventé, me dividía!

Vicente. ¡Seguro!

Blanquita. El caso es, papá, que ha llegado de Ma-

drid Acuña, el hijo de doña Rosario Vélez, con el propósito de vender «Los Rosales», y como yo te he oído decir muchas veces que te gustaría quedarte con la finca...

Don Gonzalo. Bueno, ¿y qué?

Blanquita. Que Acuña está arriba.

Don Gonzalo. Pues ya hablará conmigo, si quiere, y si no quiere, me es igual. ¡Vámonos a casa, que esta humedad de la noche me está matando!

Blanquita. ¡Como quieras! Te advierto también que ha venido Pedrito. ¿No vas a saludarlo?

Don Gonzalo. ¡Está bien! ¡Que baje Pedrito, que baje Acuña! ¡Pero pronto, pronto!

Blanquita. ¡Papá!

Doña Pepita. (Asomándose a la escalera.) ¡Ya están aquí!

(Por la escalera bajan PEDRITO, MANOLO ACUÑA, JUANITO JIMÉNEZ y PAQUITO MARQUÉS. Pedrito se adelanta a saludar al Coronel y a Vicente.)

Pedrito. ¡Caramba! ¡Mi Coronel!

Don Gonzalo. ¡Hola, muchacho!

Pedrito. ¡Vicente!

Vicente. ¡Que sea enhorabuena!

Pedrito. Gracias.

Doña Pepita. (Presentando a Acuña.) El señor Acuña. Don Gonzalo de la Ribera, coronel retirado.

Blanquita. Mi padre.

Manolo ¡Ah! (Se dan la mano.)

Doña Pepita. Don Vicente Jiménez.

Micaela. Mi esposo.

Manolo. Tanto gusto. (Se dan la mano también.)

Doña Pepita. A los demás los conoce usted.

Manolo. Creo que sí.

Don Gonzalo. ¿De modo que quiere usted vender «Los Rosales»? (Manolo lo mira sorprendido.)

Blanquita. Ya le he dicho a mi padre...

Manolo. ¡Eso quiero!...

Pedrito. Por el camino pueden ustedes hablar del asunto; la casa de Blanquita nos coge de paso para el Casino...

Manolo. Lo que usted mande.

Micaela. ¡Nos vamos todos!

Pedrito. (Besando a su madre.) Mamá...

Doña Pepita. ¡Que no vayas a venir muy tarde, hijo mío!

Manolo. Ese telegrama, señora...

Doña Pepita. Aquí lo tengo. En cuanto venga el cartero se lo daré.

Manolo. Muchas gracias.

María Teresa. (Mirando a Manolo.) (¡Nada, que mientras más lo miro, menos me hago a la idea de que este hombre sea casado!)

María Pepa. (Acercándose a Acuña, acompañada de su hermana.) No esperaría usted hallarse con tanta gente, ¿verdad?

Manolo. ¡Seguro que no!

Micaela. ¡Niñas!

Solita. ¡Mamá!...

Micaela. ¡Aquí conmigo! (María Pepa y Solita se colocan al lado de su madre.) (¡Qué lástima que sea casado!) (Se inicia la despedida. Las mujeres vuelven a besarse y los hombres se dan la mano unos a otros.)

Blanquita. ¡Adiós, María Teresa!...

Micaela. Pepita... María Teresa... Don Nicolás...

Don Nicolás. ¡Señora!...

Manolo. (A la puerta, cediendo el paso al Coronel.) ¡Salga usted!

Don Gonzalo. ¡Usted primero!

Manolo. ¡De ninguna manera!

Don Gonzalo. (Saliendo.) ¡Gracias!

Juanito Jiménez. ¡María Teresa, que sigas tan guapa!

María Teresa. ¡Juanito, apréndete otra cosa!

Juanito Jiménez. ¡Arisca!

María Teresa. ¡Apréndete otra cosa!

Paquito Marqués. ¡Usté lo pase bien, María Teresa!

María Teresa. ¡Adiós, Paquito!

Paquito Marqués. ¡Y a vé cuando me saca usté der Purgatorio.

María Teresa. ¡Eso la Virgen del Carmen! ¿No conoce usté la copla?

A la Virgen del Carmen
quiero y adoro,
porque saca las almas
del Purgatorio.

Paquito Marqués. ¡Guasona!

María Teresa. ¡Adiós, María Pepa! ¡Adiós, Solita! ¡Que vengáis por aquí!

María Pepa. ¡Descuida, que ya vendremos!

Blanquita. ¡Don Nicolás, buenas noches!

Don Nicolás. ¡Adiós, Blanquita!

Doña Pepita. ¡Adiós!

Micaela. ¡Adiós!

Vicente. ¡Buenas noches!

Don Nicolás. (¡Cualquiera diría que se despiden para Buenos Aires... y se van a ver mañana en misa!)

(Un momento todavía María Teresa, doña Pepita, y don Nicolás

quedan a la puerta despidiendo a los que se marchan; luego vuelven los tres a escena.)

María Teresa. Ha estado buena la noche.

Doña Pepita. ¡Distraída!

Don Nicolás. De las pocas que se dan en Cañaverales.

Doña Pepita. (A la puerta de la izquierda.) ¡Ana! ¡Ana!... (ANA sale por la izquierda.)

Ana. ¡Mándeme usté!

Doña Pepita. Dile a Agustín que no se acueste hasta que vuelva el señorito.

Ana. ¡Ya estaba en eyo, señora!

(A la puerta cancela aparece EL CARTERO, sin uniforme, con un traje corriente de hombre de campo. Lleva en la mano varias cartas y varios periódicos.)

Cartero. (Con voz recia.) ¡Cartero!

Doña Pepita. ¡Ah! ¡Blas! Pase usted. ¡Abrele, Ana! (Ana abre la cancela y el Cartero entra en el patio.)

Cartero. ¡Güenas noches!

Doña Pepita. Buenas noches, Blas. Hará usted el favor, mañana a primera hora, de poner este telegrama en Zarzales. (Le entrega el papel que tendrá en la mano.)

Cartero. ¡No fartaría más!

Doña Pepita. Que no se olvide, ¿eh?

Cartero. ¡Qué disparate!

Doña Pepita. (Entregándole una moneda de dos pesetas, que saca del bolsillo del delantal.) Y ahí lleva usted dos pesetas; lo que sobre para usted.

Cartero. Muchas gracias, señora.

Don Nicolás. (Al Cartero.) ¿Trae mi periódico?

Cartero. (Entregándole un periódico con faja.) Sí, señor.

Don Nicolás. (Tomando el periódico.) ¡Pues vaya... a descansar y buenas noches!

Doña Pepita. ¡Buenas noches, don Nicolás!

María Teresa. ¡Hasta mañana!

Don Nicolás. ¡Hasta mañana! (Sube por la escalera.)

Cartero. Y una carta para la señorita María Teresa.

María Teresa. ¿Una carta para mí? ¡Sí que es raro! ¿Quién podrá escribirme?

Cartero. (Con la carta en la mano.) De Madrí es.

María Teresa. (Cogiendo la carta.) ¿De Madrid? (Mirando el sobre.) ¡Calla! ¡Letra de Rosarito Acuña! ¿Y cómo no me la ha mandado con su hermano si ha venido en el mismo tren? ¡Ganas de gastar en sellos!

Doña Pepita. Págasela tú, Ana, que yo no tengo suelto.

Cartero. ¡Quite usté, señora! Ya está bien pagá con lo que sobra der telégrama.

Doña Pepita. Otra vez será.

Cartero. ¡A conservarse! ¡Güenas noches!

Doña Pepita. ¡Adiós, Blas! (Sale por la puerta cancela que cierra Ana.)

Ana. Vaya usté con Dios.

María Teresa. (Besando a su madre.) ¡Que descanses, mamá! Me voy a dormir.

Doña Pepita. ¿Qué te dice Rosarito?

María Teresa. No sé.

Doña Pepita. ¿No has leído la carta?

María Teresa. La leeré ahora.

Doña Pepita. ¡Adiós, hija!

(María Teresa rompe el sobre y empieza a leer la carta mientras sube por la escalera. Hay que advertir que en la escalera hay más luz que en el patio.)

María Teresa. (Leyendo.) «Querida María Teresa: ya sé que te sorprenderás...» (Desaparece.)

Doña Pepita. (A Ana.) Suelta el perro y te puedes acostar cuando quieras.

Ana. ¿No le hago falta a la señora?

Doña Pepita. Ninguna.

Ana. ¡Pos güenas noches!

Doña Pepita. Buenas noches. (Vase Ana por la izquierda. Doña Pepita apaga las luces del patio, que queda sólo iluminado por la clara luna de junio. Dentro se oye una carcajada de María Teresa.) ¡María Teresa! ¡María Teresa!

María Teresa. (Dentro.) ¿Qué?

Doña Pepita. ¿De qué te ríes?

María Teresa. ¡De nada, mamá! (Y nuevamente vuelve a reirse más fuerte que antes.)

Doña Pepita. (Subiendo por la escalera.) ¡Esa locatrilla!... ¡María Teresa! ¡María Teresa, que vas a despertar a don Manolito!... (Desaparece. Queda la escena sola. Dentro ladra el «Sultán». Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Han pasado quince días. Empieza a amanecer.

—

Al levantarse el telón aparece MANOLO ACUÑA paseándose por el patio con visible inquietud. A lo lejos suena una campanita tocando a misa de alba.

Manolo. (Mirando su reloj.) ¡Las cinco! Ya no debe tardar. (Sigue paseando. Enciende un pitillo, da dos chupadas y lo tira al suelo. Vuelve a pasear. Saca otro pitillo y lo enciende. Por la escalera baja MARIA TERESA, demostrando en sus ademanes y movimientos la misma inquietud que domina a Manolo.) ¡María Teresa!

María Teresa. ¡Manolo! ¡Esto que hacemos es una locura! ¡Compréndelo!

Manolo. No lo niego. Pero, ¿dónde podríamos hablar sin testigos, como ahora? Todos duermen en la casa.

María Teresa. ¡Si alguien se enterara!... ¡Qué vergüenza!...

Manolo. ¿Qué es eso, María Teresa? ¿Desmayas? ¿Vacilas?

María Teresa. ¡No, Manolo! Sé a lo que me expongo, y, sin embargo, ya ves que no he dudado en afrontar el peligro. Pero, ¿a qué ocultártelo? Preferiría que nadie lo supiera hasta el momento en que tú y yo, lejos de aquí, diéramos la campanada definitiva.

Manolo. ¿Luego estás dispuesta a huir conmigo?

María Teresa. ¡A todo antes que perderte!

Manolo. (Cogiéndole las manos.) ¡María Teresa!

María Teresa. En tanto, Manolo, pienso que no debiéramos comprometernos tontamente por un placer

que más tiene de martirio. Cualquier indiscreción pudiera dar al traste con nuestros proyectos de felicidad.

Manolo. ¡Eso, nunca! ¿Quién tendrá fuerza bastante para separarnos, María Teresa? ¡Ni la muerte misma!

María Teresa. ¡Calla, demonio! No te exaltes, que con tus gritos puede despertarse mi madre y bajar aquí y separarnos con una simple escoba. ¡Qué loco estás!

Manolo. ¿Y no hay razón para estarlo? ¡Encontrar una mujer como tú, capaz de arrostrarlo todo por el amor de un hombre!

María Teresa. (Con todo el fuego de una pasión sin límites.) Me rindieron tus palabras, me enamoró tu presencia, te compadecí por tu infortunio y quise endulzar con mi cariño la amarga tristeza de tu vida. ¡Yo te quiero, Manolo, te quiero con mi primero y único amor; yo soy tuya, seré tuya!

Manolo. (Disparado.) ¡María Teresa! ¡Alma de mi alma! ¡Luz de mis ojos! ¡Estrella de mi vida!...

María Teresa. (Separándose de él rápidamente.) ¡Calla! ¡Escóndete por Dios! Alguien se acerca. (María Teresa intenta huir por la escalera y Manolo por la puerta de la calle, pero al ver que no les queda tiempo, se detienen los dos procurando disimular.)

(Por la puerta de la izquierda sale AGUSTIN.)

Manolo. (¡Nos cogieron!)

María Teresa. (¡Nos pescaron!)

Agustín. (Haciendo un movimiento de sorpresa al encontrarse en el patio con la pareja.) Güenos días.

María Teresa. Buenos días, Agustín.

Manolo. Buenos días.

Agustín. Se madruga, ¿eh? Er madrugá despeja mucho la inteligencia. (Abre la puerta cancela y sale al zaguán para abrir la puerta de la calle. Antes dirige a la pareja una sonrisa maliciosa. Después se oye descorrer el cerrojo y el chirrido de una llave en una cerradura. Manolo aprovechando la ausencia de Agustín, se acerca a María Teresa.) ¡Jé!

Manolo. Si tratamos de justificarnos es peor.

María Teresa. ¡Desde luego! ¡Que piense lo que quiera!

Manolo. ¡Perdóname, María Teresa! Yo tengo la culpa. Por haberte obligado a bajar...

María Teresa. ¡Ya no hay remedio!

Manolo. Vuelve a tu cuarto antes de que un nuevo importuno pueda descubrir nuestro secreto.

María Teresa. ¿Para qué? Basta con que uno lo sepa para que lo sepan todos. Sin contar con los que ya lo sospechen.

Manolo. ¿Tú crees?...

María Teresa. ¡Figúrate! Durante los quince días que llevas aquí, nos han visto juntos muchas veces, hablando a solas... ¡Y bonito es el pueblo!

Manolo. ¡Oh! Nunca me perdonaré, María Teresa, haber puesto mis ojos en ti para perjudicarte. Yo he debido retorcerme el corazón antes de decirte una palabra.

María Teresa. ¡Tonto! Y si vamos a analizar, tanta es tuya la culpa como mía. ¡No te preocupes!

Manolo. ¡Me maravilla tu aplomo!

María Teresa. Porque las mujeres tardamos en tomar una resolución; pero cuando la tomamos, sabemos sostenerla con un mayor empeño que los hombres.

Manolo. ¡Es verdad!... Mas, sin embargo, sube a tu cuarto, María Teresa; que a la hablilla de un criado se le puede no dar crédito, pero si es otra persona la que nos ve...

María Teresa. (Con altivez.) ¡Manolo! ¿Eres tú ahora el que desmayas y vacilas?

Manolo. ¡Por ti lo hago!

María Teresa. Quererte no es un delito, aunque los demás lo crean. ¡No me voy! Contigo me quedo.

Manolo. (Sorprendido y confuso.) ¡Eres única! ¿Cómo no habías de enamorarme?

(Vuelve AGUSTÍN por la puerta cancela.)

Agustín. ¡Vaya una mañana, señorito! ¡Qué aire se respira! ¡Qué bársamo!

Manolo. (A María Teresa.) ¿Blanquita quedó en venir por nosotros para ir juntos a «Las Murallas», o somos nosotros los que hemos de ir por ella?

María Teresa. Ella vendrá aquí.

Agustín. Hace un día pa da ese paseo, que ni pintao. Entordaíto pa que no moleste er só y con una brisa de Levante, que es una delicia.

(Por la puerta de la izquierda sale ANA.)

Ana. Güenos días.

María Teresa. Buenos días.

Manolo. ¡Hola, Anilla!

Ana. ¿Cómo tan temprano levantá, señorita María Teresa?

María Teresa. Esperando a la señorita Blanquita, para ir a «Las Murallas».

Ana. ¡Güen día hase pa eso!

Agustín. ¡Güen día hase!

Ana. (A Agustín.) ¿Has yamao tú a don Manolito?

Agustín. Ahora iba a yamarlo.

Ana. ¡Pos anda, hombre! ¡Floja mañana se le presenta pa casá perdises!

Agustín. ¡Sí, sí; casá! ¡Como no las case! (Sube por la escalera.)

Ana. (A Manolo.) ¿Va a tomá er desayuno er señorito?

Manolo. ¡Sírvemelo! ¡qué demonio!

Ana. ¿Y usté, señorita María Teresa?

María Teresa. Esperaré a tomarlo cuando venga Blanquita.

Manolo. En ese caso, espero yo también.

María Teresa. ¿Por qué?

Manolo. ¿Qué más da?

María Teresa. Pues mientras llega, subo a despertar a mi madre.

Manolo. Con Pedrito no habrá que contar.

María Teresa. ¡Ni por soñación! A ese hasta las diez no hay quien lo mueva. ¿No ve usted que se recoge a las tantas?

Manolo. ¡Mala vida! (María Teresa se va por la escalera y Manolo se sienta y enciende un pitillo.)

Ana. Er señorito es er que se va hasiendo de los nuestros; se levanta al arba, se acuesta al anochesé...

Manolo. ¡En el campo como en el campo! Venir a un pueblo para hacer vida de ciudad es una sandez. No hay mayor encanto que el de acomodarse al medio en que se vive, Anilla.

Ana. Pero, se aburrirá usté mucho.

Manolo. No lo creas. También es una leyenda esto del aburrimiento de los pueblos. Jamás pasé unos días tan divertidos como los que llevo en Cañaverales.

Ana. Pos er señorito Pedrito se pone a morí en cuanto está aquí dos semanas. Acostumbrao a la vida de Graná no se haya en er pueblo.

Manolo. No olvides tú que el señorito Pedrito tiene veinte años.

Ana. Sí, que usté es un viejo.

Manolo. Pero diez años más, hacen ver las cosas de distinto modo. Lo que a los veinte nos entusiasma, a los treinta nos hastía. ¡Tú lo experimentarás por ti mismo!

Ana. Puede que sí. (Pequeña pausa.)

Manolo. ¿Qué? ¿Cómo van esas relaciones con Agustín?

Ana. ¡Caye usté, señorito! ¿Cómo quiere usté que vayan? Como er perro y er gato. ¡Ni ér me pué ver a mí, ni yo pueo verlo a ér!

Manolo. Don Nicolás lo cuenta de otra forma.

Ana. Porque don Nicolás es un guasón, que se entretiene inventando cuentos.

Manolo. No sé. Pero por si los cuentos de don Nico-

lás tienen algún fundamento, alguna verosimilitud, yo me salgo a la puerta a tomar el fresco de la mañana y te dejo sola con Agustín, que aquí baja. (Se levanta.) Si la cosa termina en boda, cuenta con que seré el padrino.

Ana. ¿Y va usté a venir de Madrí ná más que pa eso?

Manolo. (Riéndose.) Pues, ¿no dices que son cuentos? ¡Ay, Anilla! ¡Tú misma te has vendido!

Ana. (Desconcertada.) ¡No, señó!...

Manolo. (En tono confidencial.) ¡Ahí tienes al galán! ¡Aprovéchate! (Sale a la calle.)

Ana. ¡Qué señorito más simpático!

(Por la escalera baja AGUSTIN. Ana canturrea una copla mientras limpia de hojas secas las macetas que están en el borde de la fuente del patio.)

«No me quiere nadie;
conque me quiera mi hermaniyo er chico
tengo yo bastante.»

Agustín. (Que ha bajado a tiempo de oir la copla.) ¡A la fuersa ahorcan!

Ana. (Con rabia.) ¡Un día te quiebras de fino!

Agustín. (Sin hacerle caso.) Don Manolito que le subas er café. ¡Ya se está levantando! En cuanto le he dicho que er día estaba pa perdises ha pegao un voletío de la cama ar lavabo que ha habío que verlo. ¡La pasión que tiene ese hombre por la casería y luego no mata ni un sigarrón! ¡Qué berrasiones hay en er mundo!

Ana. ¿Er qué?

Agustín. ¡Berrasiones!

Ana. Y eso, ¿qué es?

Agustín. Pero, ¿tú no sabes lo que son berrasiones?

Ana. Yo, no.

Agustín. Pos, ¿qué sabes tú?

Ana. ¡Ay, éste! ¡Muchas cosas! Y tú, ¿qué sabes?

Agustín. Yo sé una cosa más que ayé.

Ana. ¿Sí?

Agustín. Ascucha. ¿Ande está er señorito Manolo?

Ana. A la puerta se ha salío a tomá er fresco.

Agustín. (Con misterio.) Pos sé que er señorito Manolo anda poniéndole los puntos a la señorita María Teresa.

Ana. (Asustada.) ¡Vamos, caya, mala lengua! ¡Er señorito Manolo!... ¿Un hombre casao?... ¿A la señorita María Teresa, que es una santa?...

Agustín. Yo me los he encontrao en er patio solos en su solo cabo y más asustaos que un ratón en un bote cuando me vieron de yegá. ¡Y me ha dao mú mala espina!

Ana. ¡Jesús! ¡Caya, caya! No será verdá, no puede serlo. ¡Er señorito Manolo y la señorita María Teresa!...

Agustín. Tú arrepara en que la señorita María Teresa no se despega der lao der señorito Manolo.

Ana. Es verdá.

Agustín. Arrepara en que eya es la mar de despreocupá y que tó le sale por una friolera.

Ana. También es verdá.

Agustín. Y arrepara luego en que siendo la única señorita der pueblo que a la vez ha tenío dos pretendientes, también ha sío la única que a la vez les ha dao calabasas a los dos.

Ana. ¿A los dos?

Agustín. Ar señorito Juanito Jiménez, el hijastro de doña Micàela, y ar señorito Paquito Marqués, el boticario, que no serán dos *espuertas más* ingleses, pero que tampoco son dos pipis. Y eso, ¿por qué? Porque está enamorá der señorito Manolo. ¡Tú créeme a mí!

Ana. ¡Várgame Dios! Y si eso eso es así, ¡qué ruina para esta casa! ¡Una señorita tan desente! ¡Una casa tan honrá!...

Agustín. (Alarmado ante las lamentaciones de Ana.) ¡Güeno, ahora no vayas tú a darle dos cuartos ar pregonero! Eso te lo cayas y en paz; que ca uno pué hasé de su capa un sayo, y que no somos nosotros quién pa meternos en lo que no nos importa. ¡Y anda a servirle er desayuno a don Manolito! ¡Que esté caliente er café, que no me ha encargao otra cosa, que dise que siempre se lo yevas frío!

Ana. (Obsesionada con lo que ha oído.) ¡Várgame Dios, várgame Dios! ¡Hasta er veyo se me ha erisao ná más que de pensarlo!

Agustín. ¡De envidia! ¡Te gustaría a ti poco está en er peyejo de la señorita María Teresa! Con tres hombres pa eleji. (Riéndose.) ¡Ojú!

Ana. (Indignada.) A mí me basta con uno. ¿Tú te enteras?

Agustín. ¡Con uno como yo, vamos!

Ana. ¡Menos bruto que tú!

Agustín. Pos menos bruto que yo en er pueblo... como no sea er Cura...

Ana. (Haciéndole un mohín de desprecio y marchándose por la izquierda.) ¡Ah!

Agustín. ¡Va que echa lumbre! Pué que sea un bien pa er café de don Manolito.

(Por la escalera baja MARIA TERESA.)

María Teresa. ¡Agustín!

Agustín. ¡Señorita?...

María Teresa. Sube a ver qué quiere don Nicolás, que está llamando.

Agustín. De seguía. (Mirando de reojo a María Teresa.) (¡La verdá que no ha tenío mar gusto er señorito forastero!) (Sube por la escalera.)

(Por la puerta cancela entra MANOLO.)

Manolo. ¡María Teresa, María Teresa, ya está ahí Blanquita!

(Por la puerta de la izquierda sale ANA con una bandeja en la mano y en la bandeja un tazón de café humeante, un bollo y una servilleta.)

Ana. (¡Juntos! Tiene rasón Agustín. ¡Qué lastima de mi señorita! Los hombres siempre han sío la perdisión de las mujeres.)

(Ana sube por la escalera. Por la puerta cancela entra BLANQUITA, con un velito, como si fuera o viniera de misa.)

María Teresa. (A Blanquita.) ¡Dormilona! ¡Vaya unas horas de venir!

Blanquita. Pues no es tarde.

María Teresa. No. ¿Para qué?

Blanquita. De todas formas, como no hemos de dar el paseo...

María Teresa. ¿Y eso?...

Blanquita. Ya te contaré. (Dándole la mano a Manolo.) ¿Qué tal, Manolo?

Manolo. Bien, ¿y usted, Blanquita?

Blanquita. Indignada. ¡Indignada contra mí y contra todos! (A María Teresa.) ¡Hija mía, qué gentuza hay en este pueblo, qué gentuza!

María Teresa. ¿Ahora te enteras?

Blanquita. ¡Nunca pude pensar que llegara a tanto! (A Manolo.) Mi padre vendrá luego a hablar con usted. (Se sientan.)

Manolo. Cuando quiera.

Blanquita. Creo que ya está lista la certificación del Registro y el no sé qué del amillaramiento. ¡Los documentos que faltaban para poder firmar la escritura!

Manolo. ¡Cuánto me place!

Blanquita. ¿Sí?

María Teresa. ¡Acaba, mujer, que me tienes intranquila! ¿A qué vienen tus lamentaciones contra la gente del pueblo y por qué razón no hemos de ir a «Las Murallas», como habíamos pensado?

Blanquita. Te lo diré. No importa que esté presente Manolo.

Manolo. Si estorbo...

Blanquita. ¡No, señor! Conviene que usted también

conozca la gentecita con quien trata. ¡Qué chusma, Dios mío, qué chusma!

María Teresa. ¡Blanquita!

Blanquita. No te impacientes, mujer, que el tiempo que tardes en saberlo es tiempo que te ahorras de llevarte un disgusto. ¡Porque te lo vas a llevar y de los gordos! Como me lo he llevado yo, como se lo llevaría cualquiera, hija de mi alma. ¡Ay, qué pueblo! ¡Ay, qué hormiguero de chismes! ¡Ay, qué charca de gusanos!

María Teresa. (Brincando de impaciencia.) ¡Ay, que me va a dar el sarampión, Blanquita! ¡Acaba ya!

Blanquita. ¿Sabes tú la calumnia, el falso testimonio, la villanía que han inventado contra ti?

María Teresa. ¿Contra mí?

Manolo. ¿Contra María Teresa?

Blanquita. ¡Claro que ha salido de casa de Micaela, no podía salir de otra parte! Despechada y dolida porque hayas mandado a su hijastro a escardar cebollinos, se ha vengado diciendo por ahí a todo el que ha querido oirla, que si tú has despreciado a Juanito ha sido porque estabas en relaciones *criminales*—¡esta es la palabra que circula!—¿con quién creerás? ¡Pues con Manolo Acuña!

Manolo. ¿Conmigo?

María Teresa. ¿Con Manolo?

Blanquita. ¡Imagínense ustedes qué infamia, imagínense ustedes qué faena! Por supuesto que a quien me lo ha dicho no me ha faltado más que pegarle. ¡Porque hay más! Hay, que me achacan a mí el oficio de encubridora, que me creen la tapadera de esos amoríos... ¿Yo la tapadera?... ¡Como nos ven siempre juntos!... Te digo que desde anoche que me enteré estoy que no me puedo contener yo misma. ¡Judíos! ¡Fariseos! ¡Poner así en tela de juicio la honra de una mujer!... ¿Saben ellos lo que se hacen?

Manolo. ¡Es abyecto el proceder de estas gentes!

Blanquita. ¿Cómo ha dicho usted?

Manolo. ¡Abyecto!

Blanquita. No sé lo que es, pero por sabido. ¡Abyecto, sí señor! Y si de algo vale mi palabra, yo les aconsejo a ustedes que procuren en lo posible evitar la murmuración; a usted que deje de acompañar a María Teresa, y a María Teresa que se prive de hablar con usted hasta que las aguas vuelvan a sus cauces. Por eso me he negado a que fuéramos hoy a «Las Murallas» los tres sólos como teníamos convenido. ¡No necesitaban los del pueblo más que vernos para afianzarse en su opinión, que ya corre de boca en boca.

Manolo. ¡Pero cuánta maldad! ¡Cuánta villanía!

Blanquita. ¡Un carro!

María Teresa. ¡No, Manolo! Me molesta que seas hipócrita.

Blanquita. (En ascuas.) ¿Cómo?...

Manolo. ¡María Teresa!

María Teresa. Ni maldad ni villanía en los demás que no han hecho más que comentar lo que han visto. ¡Y por esta vez han acertado!

Blanquita. ¿Qué han acertado?

Manolo. (Pero, ¿adónde va esta mujer?)

María Teresa. ¡Sí, Blanquita! Hora es ya de que tú también lo sepas, y no por referencias, sino por nosotros mismos. Este hombre y yo nos queremos.

Blanquita. ¡María Teresa! ¿Estás loca? Pero, ¿este hombre no es casado?

María Teresa. ¡Es casado, pero como si no lo fuera!

Blanquita. ¿Qué?

María Teresa. Su mujer lo traicionó, escapándose de su hogar y dejándole tres hijos y la ley le autorizó el divorcio.

Blanquita. Pero no le autoriza a volver a casarse.

María Teresa. Desde entonces vive solo, triste, abandonado, llorando su desgracia. ¿Y ya no ha de tener derecho a la vida, derecho al amor? ¿Por qué? Es joven, puede volver a enamorarse y se ha enamorado. ¡De mí! Y yo, que comprendo su tragedia, me he enamorado de él.

Blanquita. ¡Ave María Purísima!

María Teresa. Ni la ley de Dios, ni la ley de los hombres nos permite unirnos santamente, pero yo, saltando por encima de las leyes, me iré con él, porque mi conciencia me dice que a un hombre que no faltó, que a un hombre bueno como éste no se le puede condenar por toda la vida a privarse de ser feliz al lado de otra mujer que bien lo quiera, ya que eso sería tanto como castigar al que recibió la ofensa. Y huiremos juntos, Blanquita, huiremos de aquí para vivir contentos y dichosos, mal vistos de las gentes, pero en la paz de nuestros corazones.

Blanquita. ¡María Teresa!...

Manolo. Yo le explicaré a usted, Blanquita. Mi corazón dormía el sueño de la muerte, pero la luz de los ojos de esta mujer única, lo despertó a la vida. Y yo hubiese querido acallar sus latidos, pero la pasión, más fuerte que la voluntad, dejó escapar el escondido sentimiento. Y ya, en el desbordamiento de las ansias, se lo dije todo, le narré mis males, le confesé mi triste situa-

ción, y ella, alma de los cielos, me amparó con sus lágrimas, lloró conmigo y sobre la infinita amargura de mi existencia sembró la flor de la esperanza y la ventura. Piense usted, Blanquita, cuánta no será mi gratitud hacia esta mujer que por mí sacrifica honra, buen nombre, cariño de familia... ¡su vida entera!

Blanquita. (Compungida, casi llorando.) ¡María Teresa! Pero, ¿eso es así como dice?

María Teresa ¡Así es!

Blanquita. Pues si es así, María Teresa, yo me coloco en el lugar de Dios y te respondo que has hecho bien; que así es como se debe pensar, por cuenta propia, y que siento no haberlo sabido antes para haberme puesto a tu lado desde el primer momento. ¡Y ahora es cuando van a tener razón los murmuradores! Aquí me tienen ustedes dispuesta a todo; cuenten ustedes conmigo para lo que les haga falta. ¡Tapadera, y muy a gusto! ¡Y el que no sepa entenderlo, que se fastidie!

María Teresa. (Abrazándola.) ¡Blanquita!

Manolo. (Conmovido.) ¡Gracias, Blanquita! (¡Qué mujeres estas! ¡No hay otras en el mundo!)

(Por la escalera baja ANA sin la bandeja que subió.)

Ana. Güenos días, señorita Blanquita.

Blanquita. Buenos días.

Ana. ¿Sirvo ya er desayuno?

María Teresa. Bueno.

Ana. (A María Teresa.) Doña Pepita ahora baja. Me ha dicho que si se le ha orvidao a usté que hoy es día de misa.

María Teresa. ¿Hoy?

Blanquita. ¡La Ascensión, mujer!

María Teresa. ¡Ni sé en la ley que vivo!

Blanquita. ¿Para qué? ¡Después de todo la inventas a tu gusto!

María Teresa. (En tono de amistosa reconvención.) ¡Blanquita! Y tú, ¿has oído misa?

Blanquita. No. Iremos con tu madre, si te parece.

María Teresa. En cuanto desayunemos. ¡Anda, Ana!

Ana. ¿La señorita Blanquita también va a desayunar?

María Teresa. ¡Claro, mujer!

Blanquita. ¡Eso de pegarse de gorra!...

María Teresa. ¡Qué tontería!... (Vase Ana por la izquierda.)

Blanquita. (A María Teresa reservadamente.) Oye, supongo que al Cura no le dirás nada de tus proyectos.

María Teresa. ¡Cualquier día!

Blanquita. ¡Porque te habías caído! Tenías que estar rezando Padres nuestros hasta tu muerte!

María Teresa. ¡Calcula!

Blanquita ¡Cualquiera calcula los Padres nuestros! ¡Un horror, hija, un horror!

María Teresa. (A Manolo.) ¿Qué te pasa?

Manolo. Nada.

María Teresa. No te pongas triste, que así no me gustas.

Manolo. (Mirándola amorosamente.) ¡María Teresa!...

Blanquita. (Avisándole.) ¡María Teresa! ¡Tu madre! (¡Empiezo mi papel de tapadera!)

(Por la escalera baja DOÑA PEPITA, de velo.)

Doña Pepita. Vendrás conmigo a misa, ¿no, María Teresa?

María Teresa. Contigo y con Blanquita.

Doña Pepita. ¡Ah, que está aquí Blanquita! Buenos días, Acuña.

Manolo. Buenos días, señora.

Blanquita. (Besando a doña Pepita.) ¿Cómo sigue usted?

Doña Pepita. Mejor, mucho mejor. Me ha recomendado Acuña unas píldoras que me estan sentando muy bien.

Manolo. A mi madre le quitaron por completo los dolores. ¡Ya la dije a usted!

Doña Pepita. Sí, sí. Desde luego es una cosa santa. Tu padre también debía tomarlas, Blanquita.

Blanquita. ¿El qué? ¿Las píldoras? ¡Cualquiera le hace tomar a mi padre una medicina! Hombre más refractario a cosas de botica no lo hay. ¡Con decirles a ustedes que se purga con agua!

Manolo. ¿Con agua de qué?

Blanquita. Con agua corriente, natural.

Manolo. Parece increíble.

Doña Pepita. ¡Claro que Blanquita no lo dice todo! Y es que como el Coronel no ha hecho en toda su vida más que beber aguardiente, pues el agua le sienta igual que si fuera aceite de ricino.

Manolo. Eso es otra cosa.

Blanquita. ¡Doña Pepita!

(ANA sale por la izquierda.)

Ana. Cuando quieran los señoritos, ya está servido er desayuno.

Doña Pepita. Pues ahora mismo, que se nos va a hacer tarde para la misa.

María Teresa. (A Ana.) Sube a mi cuarto y bájame er velo, Anilla. ¡Anda, Blanquita!

Blanquita. (A doña Pepita.) Pase usted.

Doña Pepita. ¡Déjate de cumplidos! (Y la empuja para que páse; después entra ella y luego María Teresa y Manolo. Todos por la puerta de la izquierda. Ana se encamina hacia la escalera a tiempo que por ella baja AGUSTÍN.)

Agustín. ¡Lo grande! Don Manolito se ha güerto a meté en la cama.

Ana. ¿Qué me dises?

Agustín. Después de to, ha hecho bien. Cuando he entrao en su cuarto me lo he encontrao soñando en voz arta y desía: «¡Déjala! ¡La he matao! ¡Es mía! ¡Cobré pieza!...»

Ana. ¡Qué locura!

Agustín. ¡Pero tú verás! Pa casá lo que casa, iguá tiene soñarlo. Ar revés; mejó. Se divierte más y se cansa menos. Con la ventaja de que soñando cobra piesa, cosa que no ha podío conseguí en los años que yeva saliendo ar monte.

Ana. ¡Es grasioso!

(Por la escalera baja DON NICOLÁS.)

Don Nicolás. Lo niegas tú y lo niega ella, pero lo cierto es que yo siempre os cojo reunidos, ¿eh?

Ana. ¡Vamos! Déjese usté de guasas, don Nicolás. Yo iba por er velo de la señorita.

Agustín. Y yo a echarle er pienso ar ganao.

Don Nicolás. Adonde váis a ir los dos es al infierno, por embusteros.

Ana. Pero, ¿usté se cree que si yo tuviera argo que vé con este hombre lo iba a ocurtá?

Agustín. ¡Ah, pos yo sí! De tené argo que vé contigo lo ocurtaría.

Ana. Oye, ¿y por qué?

Agustín. Pa que nadie me pudiera echá en cara mi mar gusto. (Se ríe.)

Don Nicolás. ¡Agustín!

Ana. (Muy indignada.) ¡Grosero, más que grosero! ¿Lo ve usté? ¿Y piensa usté que yo pueo enamorarme de un cafre como éste, que no suerta más que patás? ¡Ay, qué asquito! (Vase por la escalera.)

Agustín. (Riéndose.) ¡Ju, ju!

Don Nicolás. Pero, hombre, ¿qué te ha hecho la muchacha que siempre andas con ella de los pelos?

Agustín. ¿Haserme? ¡Ná! ¡Güeno fuera! Le sortaba un tortaso asina que la hasía porvo. ¡Pero me molesta que presuma con lo menuíya que es!

Don Nicolás. ¿Y qué culpa tiene ella?

Agustín. Ya lo sé que no tiene curpa, pero por lo mismo, que no se las venga aquí dando de pan y manteca.

Don Nicolás. Tú también eres un poquillo apretado, Agustín.

Agustín. ¡Señó! Como hay que sé. ¿Pos se va a soportá que una mujé, que es un grano de arpiste, quiea cobrá er barato y mandá en uno como si uno fuera una bestia? ¡Tiene que vé! «¡Agustín, yévame er cubo!». «¡Agustín, súbeme er trapo!» «¡Agustín, alárgame la regaera!»... ¡Y así to er dia! ¡Que se merque un potro, señó! (Vase por la izquierda.)

Don Nicolás. En mi vida hallé cariño más salvaje; porque se quieren a cegar, pero se pasan el día insultándose mutuamente. ¡Misterios del corazón!

(Por la escalera baja ANA con el velo de María Teresa.)

Ana. ¿Se fué ya ese animá?

Don Nicolás. A la cuadra, según dijo.

Ana. ¡A tratá con sus semejantes! (Vase por la izquierda.)

Don Nicolás. ¡Es incomprensible! ¡Es un caso de estudio!

(Por la puerta de la izquierda sale MANOLO ACUÑA.)

Manolo. Felices, don Nicolás.

Don Nicolás. Buenos días, don Manuel.

(Por la izquierda sale BLANQUITA y se va por la puerta cancela.)

Blanquita. Don Nicolás, buenos días.

Don Nicolás. ¡Adiós, Blanquita!

(Sale DOÑA PEPITA también por la izquierda.)

Doña Pepita. No nos entretenemos porque perdemos la misa. Hasta luego.

Don Nicolás. Vaya usted con Dios, señora.

(Sale MARÍA TERESA con el velo puesto.)

María Teresa. Hasta luego.

Don Nicolás. Anda con Dios, María Teresa. ¡Y a ver si San Antonio te oye!

María Teresa. ¡Ya me ha oído!

Don Nicolás. ¿Sí? No sé nada.

María Teresa. Porque me ha encargado San Antonio que guarde el secreto. (Se ríe.)

Don Nicolás. ¡Ah! (Desaparecen las tres mujeres por la puerta cancela.) ¡Qué graciosa es esta muchacha!

Manolo. Mucho.

Don Nicolás. Buena pareja para usted si no fuera por lo que es, amigo Acuña.

Manolo. ¡Cosas de la vida!

Don Nicolás. Porque a usted le gusta lo suyo.

Manolo. ¡Hombre!

Don Nicolás. ¡No me lo niegue usted!

Manolo. ¡Si no lo niego!

Don Nicolás. ¡Es una pena que se halle usted en el estado en que está; ni soltero, ni casado, ni viudo! ¡Es una pena! Y menos mal si no tuviera usted hijos.

Manolo. ¿Por qué?

Don Nicolás. ¡Caramba! Un hombre libre, en las condiciones de usted, pudiera buscarse un apañito, pero con hijos... ¡El chasco que se llevaron las muchachas el día que usted llegó!

Manolo. Ah, ¿sí?

Don Nicolás. Le tomaron por soltero y cada una afiló sus uñas dispuesta a quedarse con la presa. Pero, amigo, el telegramita cayó como un jarro de agua fría.

Manolo. ¿Leyeron el telegrama?

Don Nicolás. A pesar de mi oposición. ¡Al fin, mujeres! Lo que les intrigó el nombre de Araceli Mendoza...

Manolo. Es la institutriz de mis hijos...

Don Nicolás. Sí. Después ya me he enterado.

Manolo. Ella los cuida y los educa.

Don Nicolás. ¿Qué edad tienen los niños?

Manolo. El mayor seis años.

Don Nicolás. ¿Entonces hará poco tiempo que se divorció usted?

Manolo. Catorce meses.

Don Nicolás. Realmente que esa mujer no pagaba ni ahorcada.

Manolo. La mujer, en general, es un ser abominable y perverso, don Nicolás. Y conste que no lo digo ahora despechado por lo que a mí me ha sucedido. Es una opinión que he sustentado siempre.

Don Nicolás. ¡Aventuradilla es la opinión!

Manolo. Fundada en mil ejemplos.

Don Nicolás. En el mundo hay de todo, amigo Acuña: mujeres buenas y mujeres malas.

Manolo. Abundan las malas, don Nicolás.

Don Nicolás. No digo que no.

Manolo. La mujer, de ordinario, sólo busca su conveniencia. Es egoísta, inconstante, rastrera. Emplea su belleza en seducir al que quiere perder. Ella es la que conquista. Y el hombre, falto de voluntad para resistir la tentación, cae rendido en manos de su verdugo, que lo esclaviza, lo ata, lo anula, lo convierte en polvo miserable. Reniego de la mujer y la juzgo el mayor castigo que pudo Dios enviar sobre la tierra.

Don Nicolás. (Pero esto no es un ingeniero; es un pope ruso del tiempo de Catalina.)

Manolo. ¿Calla usted, don Nicolás?

Don Nicolás. No, señor. Pienso ¿cómo pudo usted casarse sosteniendo esas teorías?

Manolo. Por ley fatal, señor mío; porque siendo la mujer un castigo del cielo, no se libran de él más que los elegidos de Dios: los sacerdotes.

Don Nicolás. Y yo, que no he cantado misa.

Manolo. Pero usted, si no es un elegido de Dios, es un alma de Dios, y para el caso es lo mismo.

Don Nicolás. Muchas gracias.

Manolo. No creo en la mujer—¿qué quiere usted que le diga?—no creo en ella. Cierto que quien me oye despotricar de este modo lo achaca a fenómenos de mi neurastenia, pero se equivoca.

Don Nicolás. ¡Ah! ¿Está usted neurasténico?

Manolo. Sí, señor; completamente neurasténico, por mi desgracia.

Don Nicolás. (¡Acabáramos! Ya me lo explico todo. Su mujer se le escapó por no poder aguantarlo. ¡Claro como el agua! ¡Claro como la luz!)

(Por la escalera baja PEDRITO con el sombrero puesto.)

Pedrito. Buenos días, señores.

Don Nicolás. ¡Hola, Pedrito!

Manolo. Buenos días, amigo.

Don Nicolás. ¿Dónde se va?

Pedrito. Un rato al Casino a jugar una partida de billar con Juanito Jiménez y Paquito Marqués, que me estarán esperando. ¡A matar el tiempo hasta la hora de almorzar!

Don Nicolás. Pero, hombre, ¿qué vida haces? ¡Te pasas el día en el Casino, como quien dice! Debías salir a pasear, a correr los campos, a oxigenarte.

Pedrito. Don Nicolás: estos tres meses de vacaciones, salvo el gusto de estar al lado de los míos, son para mí de verdadero martirio. No sé qué hacer ni qué inventar para no morirme de tedio.

Don Nicolás. ¡Juventud viciada en el ambiente de las ciudades, cómo te compadezco! ¿Hay goce mayor que el de estos campos y estos cielos; alegría más pura que la que infiltra en el espíritu la sosegada paz de estas villas, abandonadas y perdidas en medio de la sierra? En verdad te digo, Pedrito, que no acierto a comprender cómo tú, alma de artista y de poeta, no aprecias el encanto, la íntima poesía que existe en la descansada vida que cantó Fray Luis de León.

Pedrito. Querido don Nicolás: para mí no hay poesía más que en los ojos de una mujer.

Don Nicolás. (A Manolo.) ¡Un predestinado al castigo!

Pedrito ¿Cómo?

Don Nicolás. Le digo a Acuña.

Manolo. ¡Ya!

Pedrito. El campo, el cielo y el mar nada me inspiran. Mi lira sólo tiene una cuerda: la del amor. Y aquí ha de permanecer callada. ¡La mujer que me gusta ya ve usted el caso que me hace!

Don Nicolás. ¿Blanquita?

Pedrito. ¡Blanquita!

Don Nicolás. ¡Pero si tú tampoco le hablas nada en serio!

Pedrito. ¿Y qué quiere usted que le hable en serio a una mujer que se ríe de su padre?

Don Nicolás. Es que de su padre se ríe todo el pueblo, Pedrito.

Pedrito. ¡Vamos! Está de chufla la mañana. ¡Hasta luego, señores! (Se encamina hacia la puerta de la calle a tiempo que por ella entra, arrastrando su pierna y apoyado en el bastón, según costumbre, DON GONZALO.)

Don Gonzalo. (Gruñendo.) ¡Peste de notarios y de abogados! ¡Todo rutina y expedienteo! ¡Plagas de España! (Pedrito se ríe.)

Don Nicolás. ¡Tú también te ríes, Pedrito!

Pedrito. ¡Adiós, mi Coronel!

Don Gonzalo. ¡Adiós, Zorrilla!

Pedrito. ¿Zorrilla? ¡Ah! (Vase por la puerta cancela.)

Don Gonzalo. ¿Don Manuel Acuña?

Manolo. Para servirle.

Don Nicolás. ¡Querido Comendador! (Tapándose la boca con la mano.) (¡Se me escapó el mote!)

Don Gonzalo. (Por las nubes.) ¡Querido don pimientos en vinagre!

Don Nicolás. Perdone usted...

Don Gonzalo. ¿Qué es eso? ¿Quién le autoriza a usted a llamarme de esa forma villana?

Don Nicolás. Le repito a usted que me perdone.

Don Gonzalo. ¡Pues me gusta! Hasta la gente que parece educada, cae en las estupideces del vulgo.

Don Nicolás. ¡Don Gonzalo!

Don Gonzalo. ¡Don Gonzalo, sí, pero no de Ulloa! ¡El Comendador! ¡El Comendador! Quisiera yo conocer al que inventó el remoquete para hacerle pagar bien caro su atrevimiento! ¡Pues hombre! ¿Le he llamado yo a usted alguna vez Don Sancho Panza?

Don Nicolás. ¿El qué?

Don Gonzalo. ¡Pues por Don Sancho Panza le conoce todo el pueblo!

Manolo. (Interviniendo amistosamente.) ¡Vamos, Coronel! La cosa no tiene malicia. Don Nicolás no ha querido molestarle.

Don Gonzalo. ¡Lástima fuera! Es que si hubiera querido molestarme ya me estaría usted sirviendo de padrino. ¡No paso por movimiento mal hecho!

Manolo. ¡Vaya! ¡Pelillos a la mar! Y siéntese usted y cuénteme què hay de nuestro asunto. Ya su hija me ha indicado que los documentos que faltaban están en la notaría

Don Gonzalo. ¡Por fin! ¡Dichoso expedienteo! Se puede firmar la escritura, si usted quiere, esta misma tarde.

Manolo. Me parece muy bien. Así saldré mañana para Madrid.

Don Nicolás. Pero ¿cómo? ¿Se va usted a ir mañana siendo pasado la feria del pueblo?

Manolo. Piense usted, don Nicolás, que llevo quince días faltando a mi obligación.

Don Nicolás. ¡De ninguna manera! Usted se queda aquí. ¿Haber estado en Cañaverales medio mes y por cuatro días más, privarse de conocer lo más interesante de la villa? ¡Es un dolor!

Don Gonzalo. Dice bien don Nicolás. Si algo ameno y distraído hay en este rincón del mundo, es la feria.

Don Nicolás. Usted ha conocido el pueblo dormido, callado, silencioso, sin gente en las calles, sin alegría, sin animación; justo es que conozca usted también en su resurgimiento, que dura lo que dura la feria, tres días. En esos tres días la gente sale y charla y ríe y se emborracha y goza. Llegan forasteros de los alrededores y hay corrida de novillos en la plaza del pueblo y música y bailes públicos y fuegos artificiales. Las casetas instaladas en el real de la feria, cada familia del lugar tiene la suya, son punto de cita y diversión donde las muchachas cantan y bailan, los mozos cortejan a las mozas y las personas mayores comentan, entre buñuelos y chocolate, aguardiente y cañas de manzanilla, la vida y milagros de todos los vecinos. Se murmura, se intriga, se critica, se vive, en fin. Fulano va a la caseta de Zutano, Zutano va a la caseta de Mengano, y éste invita a aquél y aquél invita al otro y se establece una corriente de cordialidad que enlaza a todas las casetas y hace de todas una sola. Apenas si se duerme en esos días. Como el que presintiendo su muerte cercana procura aprovechar los instantes que le restan de vida para gozar y divertirse, así estas gentes se muestran incansables a la bulla y a la jarana en los tres días de la feria. Y las juergas son continuas como son continuas las libaciones y constantes el buen humor y la alegría que retozan en todos. Al terminar las fiestas, con el último disparo de la traca, todo vuel-

ve a su quietud y su silencio. La gente torna a encerrarse en sus vetustos caserones y las calles recobran su sosiego y su paz. Se puede decir que al bullicio de la caseta de la feria se reduce toda la vida de Cañaverales. Es curioso el fenómeno; merece la pena de observarlo. Ya le digo a usted, amigo Acuña, es interesante. ¡Muy interesante!

Manolo. ¡Sí lo será! Y desde luego me quedo. ¡Qué demonio!

Don Nicolás. No se arrepentirá usted. Yo se lo aseguro.

Don Gonzalo. Cuento, entonces, con que visitará usted mi caseta.

Manolo. ¡Ya lo creo!

Don Nicolás. Lo invitarán a todas. Estará usted rifado. En el obsequio al forastero pone el pueblo su gala.

Don Gonzalo. Y ahora, si a usted no le molesta, podíamos ir a casa del Notario a decirle que disponga para esta tarde el otorgamiento. ¿No le parece?

Manolo. Estoy a su disposición.

Don Nicolás. Y yo les acompaño a ustedes hasta la calle Real, que ya va siendo mi hora de ir al balneario a tomar el agua.

Manolo. Pues cuando ustedes quieran... (Se pone su sombrero que estará en el perchero; lo mismo hace don Nicolás. Cuando van a salir, entra MICAELA, de velo).

Don Nicolás. ¡Micaela!

Micaela. ¿Se marcha usted, don Nicolás?

Don Nicolás. ¿Quería usted algo de mí?

Micaela. Venía a hablar con usted precisamente.

Don Nicolás. ¡Pues nada!... (Se quita el sombrero y lo vuelve a dejar en el perchero).

Micaela. Pero si usted tenía que hacer...

Don Nicolás. ¡Señora, por Dios!...

Micaela. Cuánto siento...

Don Nicolás. ¡Vamos!...

Micaela. (Saludando con una inclinación de cabeza y con marcada seriedad a Manolo.) ¡Señor Acuña!...

Manolo. Señora mía...

Micaela. Don Gonzalo, muy buenos...

Don Gonzalo. Muy buenos ¿qué?

Micaela. ¡Días, hijo! ¿Qué quiere usted que sea?

Don Gonzalo. ¡Pues se dice! ¡Muy buenos días! Pero eso de «muy buenos», «muy buenas», «buenos», «buenas».. ¿Qué?... ¡Se habla que es un horror!

Micaela. Conmigo no la emprende usted porque no le contesto.

Don Gonzalo. Es que lo que le he dicho a usted no tiene contestación.

Micaela. ¡Oídos sordos!... (Y se va con don Nicolás).

Don Gonzalo. (¡Bah! ¡La señora de don Vicente Jiménez!)

Manolo. (Esta viene con el cuento. ¡Como si lo viera! Estaba por quedarme...)

Don Gonzalo. ¿Nos vamos, señor Acuña?

Manolo. (Después de vacilar un punto.) ¡Vamos!

Don Gonzalo. Buenos días.

Micaela. (Recalcándolo) ¡Buenos!

Don Gonzalo. (Picado.) ¿Eh? (Se traga cuatro insolencias.)

Don Nicolás. ¡Adiós, señores!

Manolo. Buenos días.

Don Gonzalo. (A Manolo.) Me molesta esta cotorra.

Manolo. ¡Y a mí! (Salen los dos por la puerta cancela.)

Micaela. A este Coronel cascarrabias le voy a soltar un día un par de frescas que se va a quedar helado.

Don Nicolás. ¡Frescas serán! No hay que hacerle caso. ¡Ya lo conoce usted!

Micaela. ¡Qué militarote más insoportable!

Don Nicolás. (Sentándose.) ¡Pues usted me dirá!

Micaela. (Sentándose también.) ¡Ay, don Nicolás! Cuando yo vengo a verle a usted aprovechando la ausencia de Pepita, de María Teresa y de Pedrito, ¡calcule usted si será importante y comprometido el asunto de que se trata! ¡Calcule usted!

Don Nicolás. Infiero que debe referirse a esta familia cuando ha procurado usted que ningún individuo de ella se halle presente.

Micaela. A esta familia se refiere. A la familia en general y a María Teresa en particular.

Don Nicolás. Pues, ¿qué ocurre? ¿Acaso busca usted mi influencia sobre María Teresa para que la incline a aceptar las relaciones con Juanito?

Micaela. No, señor; nada de eso. Afortunadamente mi hijo Juanito ha salido ganando con el desprecio de la niña. ¡No quiero ni pensar si llega a casarse con ella! ¡Cualquiera come caracoles en casa!

Don Nicolás. (Saltando del sillón.) ¡Señora!

Micaela. Como se lo digo a usted, por crudo y agrio que le parezca. ¡Pobre hijo mío! ¡De buena se ha librado!

Don Nicolás. ¡Caramba, señora! Es que las palabras de usted encierran una acusación muy grave.

Micaela. ¡De la que no quito ni una coma!

Don Nicolás. Pero, bueno, bueno... ¡Explíquese usted! No se puede, así como así lanzar la especie que us-

ted lanza sin tener un fundamento muy seguro; ¿usted sabe?... ¿usted ha visto?... ¿usted sospecha?... ¿Qué?... ¿De quién?... ¡Caray! ¡Que María Teresa es el espejo donde yo me miro! ¡Que la he visto nacer, que la conozco muy a fondo! Para que se la injurie de esa forma, es preciso... ¡Hable usted, Micaela, hable usted!

Micaela. Precisamente porque sé lo que quiere usted a María Teresa, porque sé cuanto ella le atiende y le respeta, es por lo que me he permitido venir a dar este paso cerca de usted, fiada en que usted le hable, en que usted con la autoridad de sus muchos años...

Don Nicolás. ¡No muchos, Micaela! Cuarenta y nueve ¡y gracias!

Micaela. ¡Quince más que yo!

Don Nicolás. (¡Se quita veinte!)

Micaela. ¡Ha pensado usted que me quito veinte! Sigo. Aconseje a María Teresa y la aparte del precipicio en que va a hundirse si un milagro de Dios no lo remedia.

Don Nicolás. ¡Bien, bien! Pero, ¿qué es ello?

Micaela ¡Ay, don Nicolás! Usted tampoco ignora mi cariño a esta familia, usted sabe que Pepita y yo nos hemos criados juntas, que penas y alegrías de esta casa y la mía siempre han ido reunidas dentro de un mismo sentimiento. ¡Imagínese usted mi pesar y mi dolor al enterarme de lo que me he enterado, al comprobar la tremenda desgracia que amenaza a todos, por culpa de una niña sin freno y de un malvado sin conciencia!

Don Nicolás. (Impaciente.) ¡Micaela, que se me va a saltar la hiel!

Micaela. ¡Prepárase usted a recibir el escopetazo!

Don Nicolás. ¡Venga ya!

Micaela. María Teresa...

Don Nicolás. ¡Sí!

Micaela. ¡Está en relaciones *criminales* con Manolo Acuña!

Don Nicolás. ¡Canastos! ¿Qué me está usted diciendo?

Micaela. ¡Lo que usted oye!

Don Nicolás. ¿Que María Teresa?...

Micaela. Sí, señor.

Don Nicolás. ¡Pero si no es posible! ¡Eso es una calumnia vil, un chisme repugnante!

Micaela. ¡Nada de calumnia ni de chisme! Verdad, verdad como ese sol que nos alumbra.

Don Nicolás. (Vacilante.) ¡Micaela!... ¡Micaela piense usted que lo que asegura es la ruina de esta casa, la muerte de la pobre Pepita, si llega a enterarse!...

Micaela. Porque he pensado todo eso, don Nicolás, es por lo que estoy sin vida desde que lo he sabido.

Don Nicolás. Pero, ¿qué pruebas hay? ¿Quién tiene la certeza?

Micaela ¡Yo!

Don Nicolás. ¿Usted?

Micaela. ¡Yo misma! De deducción en deducción he sacado el convencimiento de que mis sospechas que no son aventuradas ni muchísimo menos. María Teresa acaricia el proyecto de escaparse con Manolo Acuña el día en que éste salga para Madrid.

Don Nicolás. ¡Zambomba!

Micaela. La cosa es lógica, don Nicolás. María Teresa—usted la conoce mejor que yo—es una muchacha impresionable, novelera, exaltada. Manolo Acuña es muy simpático, muy atrayente; se le oye hablar y cautiva. Le habrá pintado con los más vivos colores su desgracia a María Teresa, le habrá dicho: «yo, si fuera libre, me casaría con usted.» Y María Teresa, en un arranque de mujer superior, como ella se cree, le habrá contestado: «¡Y aunque no lo sea!» ¡Y ya tiene usted compuesto el pastel. Añada usted luego la intervención de Blanquita, porque Blanquita está en el ajo, esto es indudable; añada usted que Blanquita es más novelera y exaltada, si cabe, que María Teresa, y ¿para qué quiere usted más? ¡Me imagino la escena! Ellos, avergonzados y ruborosos, le habrán confiado a Blanquita su amor imposible. Blanquita se habrá puesto en el lugar de Dios, como hace siempre, y habrá absuelto a la pareja ¡y cuénteme usted ya a los tres personajes, dispuestos a fraguar el mayor cataclismo que pueda caer sobre una familia honrada y decente como ésta! ¿Qué le parece a usted?

Don Nicolás. ¡Pero eso no lo ha visto nadie, Micaela; eso es que usted se lo imagina!

Micaela. ¡Tengo indicios, Don Nicolás!

Don Nicolás. Y por indicios solamente, ¿cree usted que se puede condenar, señora?

Micaela. Cuando los indicios llegan casi a las pruebas, ¿por qué no?

Don Nicolás. ¡Ah! Siendo así...

Micaela. Mire usted. En primer lugar, véalos usted siempre reunidos; a todas partes van juntos y solos María Teresa, Blanquita y el señor Acuña; vea usted también que Acuña se acuesta a la hora de las gallinas.

Don Nicolás. ¡Eso no prueba nada!

Micaela. Pero, ¿sabe usted por qué? Pues para verse

de madrugada con María Teresa en este patio. ¡Hay una persona que los ha sorprendido!

Don Nicolás. ¿Quién?

Micaela. Se dice el milagro, pero no se dice el santo. Vea usted luego cómo el señor Acuña reniega de las mujeres...

Don Nicolás. ¡Ese es un dato en contra!

Micaela. ¡Lo hace para despistar! Y oiga usted después a María Teresa tronar contra las leyes que no autorizan al hombre divorciado a casarse de nuevo. ¿Le parece a usted poco? ¡Pues ahí va la bomba final! Desde que está Manolo Acuña en el pueblo, María Teresa no se ha confesado, ¡ella, que se confesaba antes dos veces en semana! ¿Y por qué no se confiesa? Pues porque sabe que no le darían la absolución. ¡Porque está en pecado mortal!

Don Nicolás. (Anonadado.) ¡Basta, basta, Micaela! Estoy convencido yo también. Ahora caigo en ciertos detalles que, es claro, sin conocer los antecedentes... ¡Qué locura, Dios mío, qué locura!

Micaela. ¡Pero aún es tiempo, don Nicolás, aún no se ha consumado el delito; todavía el mal puede evitarse. ¡Hable usted con María Teresa!...

Don Nicolás. ¡Sí que hablaré! En cuanto la vea.

Micaela. Porque a Pepita no conviene decirle una palabra, como no sea en último extremo; esto es, si la niña se rebelara contra los consejos de usted...

Don Nicolás. ¡Pobre Pepita! Decirle que su hija...

Micaela. ¡Figúrese usted! Hijas tengo yo, y se me abren las carnes sólo de pensar que con cualquiera de ellas pudiera sucederme una cosa así.

Don Nicolás. Lo creo.

Micaela. ¡Estas niñas del día!... ¡Esta libertad que hay para todo!... ¡Este dejarlas leer novelas de toda índole!... ¡Ahí tiene usted los resultados! A las mías no les permito yo que hojeen ni aun siquiera el «Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno». ¡Y ya ve usted qué obra más inocente!...

(Dentro se oyen risas y murmullos.)

Don Nicolás. ¡Silencio, que vienen ellas!

Micaela. (Levantándose.) Siento que me cojan aquí. Inventaré un pretexto.

(Por la puerta cancela entran DOÑA PEPITA, MARIA TERESA y BLANQUITA que vuelven de misa.)

María Teresa. ¡Micaela!

Doña Pepita. ¡Mujer! ¡Tantos días sin verte!

Blanquita. ¡Hola, Micaela! (Se besan unas a otras.)

Micaela. ¡Pues, hijas, que pasaba y se me ocurrió

entrar, por si estaban ustedes, a saludarlas un momento! Me encontré con don Nicolás y él me ha hecho la visita. ¡Ya me iba!

Doña Pepita. ¿Tan pronto?

Micaela. Verás. Es que me dijo Vicente: «Cuando salgas de misa, llégate al paseo para que veas si te gusta cómo va la caseta.» Y como me cogía de paso...

Doña Pepita. Yo me pensaba: ¿Estará mala Micaela? Porque desde la noche en que llegó Pedrito, que no te echamos la vista encima.

Micaela. Estos días antes de la feria, ya sabes que hay mucho que trabajar en casa. Tengo la costurera a diario haciéndole los vestidos nuevos a las niñas, y por esa razón no he venido, no por otra cosa. Además, que la misma distancia hay de tu casa a la mía.

Doña Pepita. ¡Yo salgo tan poco, mujer!...

Micaela. Pero tu hija y Blanquita han pasado muchas veces por mi puerta con el señor Acuña, y no se les ha ocurrido entrar.

María Teresa. Ibamos enseñándole el pueblo al forastero y no a hacer visitas, Micaela.

Micaela. Sí, sí. (Pequeña pausa.)

Doña Pepita. ¿Y es que vais a poner una caseta nueva?

Micaela. Por variar un poco. Vicente ha querido... Pero muy sencillito el adorno; unas cortinas blancas, unas panderetas... resultará bien yo creo...

Doña Pepita. Pues nosotros colocaremos la de todos los años. No están los tiempos para gastar dinero en fruslerías.

Micaela. Tienes razón, hija; todo cuesta un ojo de la cara. ¿Querrás creer que en la tela de las cortinas se le han ido a Vicente más de cincuenta duros?

Doña Pepita. ¡Y tanto que lo creo! El vestido que le han hecho a María Teresa, me sale a mí por encima de trescientas pesetas. Y no vayas a pensar que es una cosa del otro jueves. Un fularito corriente y unos encajitos... ¡Total, nada! Pues nada son sesenta duros. ¡Sube, si quieres, y te lo enseñaré! ¡Eso, sí; mono si está! Y primorosamente acabado. Ya tú sabes lo bien que cose Joaquina...

Micaela. Pero es muy carera. (Se disponen a subir la escalera.)

María Teresa. (Dándole a su madre el velo que se ha quitado.) Ten ahí, mamá; haz el favor de dejármelo en mi cuarto.

Doña Pepita. ¿No subes tú?

María Teresa. ¿Te hago falta?

Don Nicolás. Déjela usted aquí, doña Pepita, que tengo yo que hablar con ella unas palabras.

María Teresa. ¿Usted conmigo?

Doña Pepita. Dejada está. (Sube por la escalera.)

Micaela. Hasta ahora. (Mirando a don Nicolás que está más serio que un Juez.) (¡El Señor lo ilumine!) (Y se va por la escalera.)

(Hay una pausa. Blanquita, considerándose importuna, se encamina también hacia la escalera.)

Don Nicolás. ¿Adónde vas, Blanquita?

Blanquita. A quitarme de enmedio para que pueda usted hablar con más libertad.

Don Nicolás. Conviene que te quedes.

Blanquita. ¿Sí?

Don Nicolás. Sí; porque a ti también te toca algo de lo que he de decirle a María Teresa.

Blanquita. ¡Ah! (En voz baja a María Teresa.) Esto es que Micaela le ha venido con el cuento.

María Teresa. (A Blanquita, con el mismo tono de voz.) ¡Seguro!

Blanquita. (Aterrada.) ¡Pues nos hemos caído!

María Teresa. (Con firmeza.) ¡El que se ha caído es él! ¡Tú déjame a mí!

Don Nicolás. (Con energía.) ¡María Teresa!

María Teresa. ¡Don Nicolás!

Don Nicolás. (Vacilante.) María Teresa...

María Teresa. (¿Vacila? ¡Ciertos son los toros!)

Don Nicolás. María Teresa... ¡Siéntate!

María Teresa. Muchas gracias; estoy bien de pie. ¡Es comodidad!

Don Nicolás. María Teresa... Perdóname si lo que voy a decirte hiere tus sentimientos, pero es mi obligación no ocultarte la murmuración que corre por todo el pueblo con grave perjuicio de tu dignidad y de tu buen nombre.

María Teresa. Conozco la murmuración, don Nicolás.

Don Nicolás. ¿Que la conoces?

María Teresa. Sí, señor. Y a usted ha venido a contársela Micaela.

Don Nicolás. ¿A mí?

María Teresa. Hay personas que gozan trayendo y llevando, y Micaela es una.

Blanquita. Como que ocupa por derecho propio el cargo de hermana mayor de la Cofradía del Cotilleo.

Don Nicolás. Tú te callas, Blanquita, que ya te llegará tu turno.

Blanquita. Dispense usted. Cuando quiera volver a

hablar pediré la palabra. ¡No sabía que estaba en el Ayuntamiento!

Don Nicolás. ¡Blanquita!

María Teresa. ¿Y qué es lo que le han dicho a usted? Que estoy en relaciones con Manolo Acuña, ¿no?

Don Nicolás. ¡Eso me han dicho!

María Teresa. ¡Pues no le han engañado!

Don Nicolás. ¿Cómo? ¿Y me lo sueltas con ese cinismo? ¿A mí, que puedo ser tu padre?

María Teresa. A usted, que puede ser mi padre, pero que no lo es, y a mi propio padre si viviera. ¡Yo no miento nunca!

Don Nicolás ¡Pero, María Teresa, hija mía!.. ¡Tú has perdido el juicio, tú no riges bien! ¡Por fuerza!...

María Teresa. Rijo mejor que usted y que el pueblo entero. Quiero a Manolo, él me quiere a mí, y como de este cariño no se sigue perjuicio a nadie, no creo que nadie tenga derecho a criticar ni a protestar de lo que no le incumbe. ¿Se entera usted? ¡Pues eso!

Blanquita. (¡Es el Cid y el Gran Capitán en una sola pieza. ¡La admiro!)

Don Nicolás. María Teresa; pero, ¿sabes lo que te dices? ¡Ese hombre es casado!

María Teresa. ¿Y qué importa si su mujer en alas de una pasión culpable, huyó, dejándole abandonado y solo? ¡Yo la suplantaré en su corazón! Que tiene hijos, ¿y qué? ¡Serán mis hijos; yo los cuidaré como su misma madre! ¿Que la gente no aprobará mi conducta? ¡Bueno! Pero si al realizar el acto que realizo labro mi propia dicha, poca mella ha de hacerme la opinión de los demás. Así es que, si pensaba usted darme sanos consejos, puede ahorrárselos, en la seguridad de que no he de oirlos Soy mayor de edad y tengo exacta conciencia de mis actos. ¡No necesito preceptores!

Blanquita. (¡La admiro! ¡Es un temperamento!)

Don Nicolás. María Teresa, te oigo y me pellizco para convencerme de que no sueño. ¿Eres tú la que me hablas? ¿Tú con esas teorías disolventes, con esas ideas anarquistas, qué digo anarquistas? ¡De bolcheviqui!

María Teresa. El mundo es una farsa ridícula, lo ha sido siempre, y justo es que alguna vez surja una persona capaz de saltarse el mundo a la torera. Y en esta ocasión la persona soy yo, don Nicolás. ¡Me siento tocada del hálito divino!

Don Nicolás. (Con terror.) (¡Ay, ay, ay!... Tocada. ¡Ya lo creo! Pero completamente tocada.)

María Teresa. ¿Quién respeta las leyes? ¿Quién las cumple? ¿Sabe usté quién las cumple? Porque la ley le

dice al rico: «Darás tu pan al pobre». Y el rico, el pan del pobre lo convierte en papel del Estado y lo guarda en el Banco. Y nadie le castiga, y el mundo no le señala con el dedo. ¡Y faltó a la ley! Y en cambio a mí, que por amor me uno a un hombre, que no es libre, pero que debiera serlo si las leyes tuvieran la lógica de la razón, se me hace objeto del mayor desprecio y de la mayor ignominia, se me considera apartada de la sociedad y se me condena como si hubiese cometido el delito más grave. ¿Qué leyes son éstas y qué gentes son éstas que en ocasiones se pasan de tiranas y en ocasiones de indulgentes? ¡Créalo usted, don Nicolás, para respirar constantemente esta atmósfera impura de hipocresía y de doblez que respiramos, es preferible vivir fuera del mundo y de sus leyes!

Don Nicolás. ¡Pero, hija mía! ¡Qué horror! ¡Eres un revolucionario con faldas!

María Teresa. ¡Y usted un carlistón de siete suelas!

Blanquita. ¡Tiene razón María Teresa!

Don Nicolás. ¡A ver si te doy a ti, Blanquita! ¡Suplantadora de Dios! ¡Cerebro de alfiler! ¡Coscorobita!

Blanquita. (¿Qué me ha llamado?)

Don Nicolás. ¡Que tú eres, sin duda, la que la alientas en esas locuras y esas divagaciones de periodicucho republicano!

Blanquita. ¡Porque lleva razón!

Don Nicolás. Lleve razón o no la lleve, lo que ella piensa no será; y no será porque se lo diré a su madre, porque la meterán en un manicomio, si es preciso. ¡No faltaba más! Y al caballerito, origen de este trastorno, ya le ajustaré yo las cuentas. ¡Pues estaría bueno!

(Por la puerta cancela entra PEDRITO demudado y pálido.)

Pedrito. ¡María Teresa! Vengo muerto... ¿Es cierto lo que me han contado? ¿Que tú y Acuña?...

María Teresa. ¡Es cierto!

Don Nicolás. (¡Pero esta chica ha perdido hasta el temor de Dios!)

Pedrito. ¿Que es cierto, María Teresa?

María Teresa. Sí. ¿Qué te sorprende? ¿Qué te maravilla? ¡Soy libre! Dispongo de mi vida.

(Por la escalera bajan DOÑA PEPITA y MICAELA.)

Pedrito. ¡María Teresa! ¡Mamá! ¡Mamá!...

Doña Pepita. ¡Hijo mío!...

Pedrito. (Fuera de sí.) ¿No oyes a esta niña? ¿No sabes lo que ocurre?

Doña Pepita. ¿Qué ocurre?

Pedrito. ¡Que María Teresa y Acuña se quieren! ¡Lo dice todo el pueblo y ella acaba de confesármelo!

Micaela. (¡Se necesita avilantez!)

Blanquita. (¡Se atreve con todos! ¡La admiro, la admiro!)

Doña Pepita. ¡María Teresa! Pero, ¿es posible? ¡Tú, tú; la honra de mi casa!

María Teresa. ¡Sí, mamá, yo! ¡Lo quiero! ¡Lo quiero! Tú podrás encerrarme, esclavizarme, pero no podrás impedirme que lo quiera. ¡Eso, ni tú ni nadie!

Pedrito. ¡Ya lo oyes!

Don Nicolás. (¡Está para la camisa de fuerza!)

Micaela. (¡Es una descarada!)

Doña Pepita. ¡Pero, hija mía!...

(Atraídos por las voces, AGUSTIN y ANA, se asoman a la puerta de la izquierda. Por la cancela entra MANOLO ACUÑA ajeno a todo.)

Todos. (¡El!)

Micaela. (¡Acuña!)

Manolo. ¡Señores!...

Pedrito. (Airadamente.) ¡Señor mío!...

Doña Pepita. ¡Señor Acuña!

Pedrito. Permíteme, mamá. ¡Señor Acuña, acabamos de enterarnos de una acción suya, indigna de toda persona bien nacida y de todo caballero.

Manolo. ¿Cómo?...

Blanquita. (¡El corazón se me va a salir por la boca!)

Pedrito. ¡Corresponder del modo que usted ha correspondido a la hospitalidad que aquí se le ha dado y al afecto que aquí se le ha tenido sólo puede hacerlo un villano sin honra y sin conciencia!

Doña Pepita. ¡Pedrito!...

Manolo. ¡Esas palabras!...

Pedrito. ¡Las que usted se merece!... Y dispuesto estoy a sostenerlas en todos los terrenos.

Manolo. ¡Bien, bien! Pero sepamos...

Pedrito. ¡De sobra lo sabe usted y no hay para qué repetir lo que nos sonroja sólo con el pensamiento! Usted, valido de la amistad y abusando de nuestra confianza, ha intentado manchar de fango las canas de mi madre, poniendo en tela de juicio el honor de mi hermana, pero aquí estoy yo para lavar la ofensa. ¡Nos veremos, señor Acuña! ¡Y ahora salga usted que necesito recordar á cada paso que estoy en mi casa para no abofetearle a usted en pleno rostro!

Doña Pepita ¡Pedrito, por Dios! (Saltándosele las lágrimas.) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Micaela. (A doña Pepita solícitamente.) ¡Pepita!... (A Manolo.) ¡Vea usted la ruina que ha traído a esta casa!

Manolo. ¡Pero sigo sin saber lo que ocurre!

María Teresa. (A Manolo.) ¡No trates de fingir, porque yo lo he dicho todo!

Manolo. ¿Tú?... ¿Usted?...

Micaela. (¡Y se tutean!)

María Teresa. ¡Yo! ¡Te quiero y no me da rubor de confesarlo! ¡Te quiero!

Pedrito. (Avanzando violentamente hacia su hermana.) ¡María Teresa!...

Don Nicolás. (Sujetando a Pedrito.) ¡Pedrito!...

Manolo. Pues ya lo saben ustedes. ¡Me quiere! ¡Y yo también la quiero! Hoy, mañana, dentro de un año... ¡será mía! ¿Verdad, María Teresa?

María Teresa. ¡Verdad!

Pedrito. (Queriendo comerse a Manolo.) ¡Déjeme usted, don Nicolás!

Manolo. (A Pedrito.) ¡En la fonda del balneario espero a sus padrinos!

Pedrito. ¡Allí irán a buscarle!

Manolo. ¡Buenos días! (Y se marcha por el foro.)

Pedrito. ¡Canalla!

Doña Pepita. (Llorando.) ¡Ay, Dios mío, Dios mío!

Blanquita. (¡Ni gota de sangre tengo en las venas!)

(Cuadro y telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La caseta de Micaela en el real de la feria de Cañaverales. Acotando el espacio que ocupa la caseta, una verja de madera como de un metro de altura, pintada de verde. En la verja se abren la puerta de entrada al foro, que da al paseo, y dos portillos, uno a la derecha y otro a la izquierda, que comunican con las casetas contiguas. Sobre la verja, de trecho en trecho, largos palos con cortinas blancas recogidas por lazos rojos En cada uno de estos palos aparatos de luz que iluminan profusamente la escena. Telón de fondo con árboles. Entre el telón de fondo y la caseta, un paseo. Toldo de lona. Suelo de tierra. En el ángulo de la izquierda del foro, un piano; encima del piano, una guitarra y delante del piano un taburete. En el ángulo de la derecha una mesa cubierta por un mantel, y, sobre la mesa, dulces, pastas, botellas de vino y de aguardiente; cañeros, etc., etcétera. Junto a la verja, dejando libres el centro de la caseta y las entradas del foro y laterales, sillas y sillones de mimbres. Es de noche.

—

(Antes de alzarse el telón se oye cantar dentro esta sevillana, acompañada por el piano y por un repique de castañuelas:

«Ilusiones nos hasemos
de separarnos tú y yo,
y hay un hilito invisible
que nos amarra a los dos.»

Y una salva de aplausos. Se levanta el telón y aparecen MARIA PEPA y SOLITA en la última postura del baile. Ambas visten al estilo popular de Andalucía: con trajecillos de percal, flores en la cabeza y pañuelos de crespón al talle. En las manos lleva cada una su buen par de castañuelas con multitud de lazos de colores.

En escena están sentados a la derecha: DON MANOLITO, con ropa de calle; DON GONZALO y PAQUITO MARQUÉS, y a la izquierda, BLANQUITA y PEDRITO, todos en animada charla. VICENTE

y MICAELA, el uno con el cañero y la otra con los dulces, obsequian a sus invitados. Sentado en el taburete JUANITO JIMÉNEZ toca el piano. Al foro, en el paseo, hay unas cuantas personas paradas a la puerta de la caseta, viendo bailar. A lo lejos suenan pitos, bocinas y carracas, y dominando todo ruido, el toque estridente de un cornetín—heraldo de una barraca de feria.—Se oyen varias voces de hombres y mujeres que dicen:

—¡Pasen! ¡Pasen! ¡El hombre cañón!

—¡La mujer espingarda!

—¡A los buenos corrucos de almendra!

—¡Agua! ¡Agua! ¡Fresquita! ¿Quién la bebe?

—¡Látigo y pito!

—¡El bonito juguete para el chiquitín de la casa!

Poco a poco los ruidos se van amortiguando hasta reinar en la escena un relativo silencio. Al cesar el baile, la gente que estaba a la puerta de la caseta se retira y se la ve pasear por el foro. María Pepa y Solita dejan las castañuelas sobre el piano, y don Manolito y Paquito Marqués se levantan para felicitar a las bailadoras.)

Don Manolito. ¡Bien, niñas, bien! ¡Así se baila!

María Pepa. Muchas gracias, don Manolito.

Paquito Marqués. ¡Son ustedes la Pinkiarita!

Solita. (A María Pepa.) Oye, ¿qué ha dicho que somos?

María Pepa. ¡Qué sé yo! Este Paquito Marqués, como es boticario, habla casi siempre en términos de su profesión. ¡Y suelta unas cosas tan raras!... A lo mejor eso de la Pinkiarita es una medicina para el dolor de cabeza. ¡Vé tú a saber! Desde luego ha querido elogiarnos.

Solita. ¡Seguramente!

Micaela. ¿Un dulcecito, coronel?

Vicente. El Coronel preferirá una caña.

Don Gonzalo. ¡Odio la pesca, don Vicente! ¡Nada de cañas! Si hay aguardiente prefiero el aguardiente.

Vicente. ¡Hay aguardiente!

Don Gonzalo. ¡Pues venga una copa!

Vicente. ¡Ahí vá! (Suelta el cañero en la mesa y llena una copa de aguardiente que le ofrece a don Gonzalo.)

Don Gonzalo. (Apurando la copa.) ¡Cosa rica!

Vicente. ¿Agua, don Gonzalo?

Don Gonzalo. Me purgué la semana pasada.

Micaela. ¿Y cómo tienen ustedes abandonada su caseta?

Don Gonzalo. Señora, porque se han posesionado de ella las niñas del Alcalde y a mí me molestan las niñas del Alcalde.

Micaela. ¿Y a Blanquita?

Don Gonzalo. ¡A Blanquita le molesta el propio Alcalde! ¡Gente más odiosa!...

Pedrito. ¿Qué te ocurre, Blanquita? ¡Pegas cada brinco!..

Blanquita. ¡Que estoy nerviosa, hijo, que estoy nerviosa! Desde que anteayer pasó en tu casa lo que pasó, no puedo sujetar mis nervios. ¡Salto sin querer!

Don Manolito. ¡Un cigarro, Juanito!

(Juanito, que está triste y pensativo, se levanta perezosamente.)

Juanito Jiménez. ¡Fumaremos!

Don Manolito. ¿Está usted malo?

Juanito Jiménez. No, señor.

Don Manolito. Le noto así un aire de tristeza...

Paquito Marqués. Está enamorado y mal correspondido. ¿Le parece a usted poco?

Juanito Jiménez ¡No sé a qué dices eso!

Paquito Marqués. ¡La verdad!

Juanito Jiménez. ¡Lo mismo te sucede a ti, si vamos a ver!

Paquito Marqués. Pero no me pongo triste: lo tomo con más resignación.

Don Manolito. ¿La fondista?

Paquito Marqués. ¡María Teresa, sí, señor!

Don Manolito. (A Juanito Jiménez.) ¡Pero, hombre, después del escándalo!...

Juanito Jiménez. ¿Qué quiere usted? Cuanto más imposible ve uno las cosas, más las desea.

Don Manolito. La niña también... ¡Vaya una pitada! ¿Quién podía pensárselo?

Juanito Jiménez. Ella es inocente.

Don Manolito. No estamos conformes, Juanito. Si una mujer no da pie, no hay hombre que se atreva...

Paquito Marqués. Opino igual que don Manolito.

Juanito Jiménez. ¿Y estabas enamorado de ella y piensas de ese modo? ¡Poco amor sería el tuyo, Paco!

Paquito Marqués. ¡Caramba! Es que ante la evidencia hay que rendirse.

Juanito Jiménez. ¡El cariño es ciego!

María Pepa. (A Micaela.) Mamá, ¿nos dejas que vayamos con Pedrito y Blanquita a dar unas vueltas por el paseo?

Micaela. ¡No! (Llevándose aparte a sus hijas.) Os tengo dicho que no quiero concomitancias ni con Blanquita ni con María Teresa. ¡Pero no me hacéis caso!

Vicente. ¡Mujer, déjalas que se distraigan un poco!

Micaela. ¡No! Mis hijas, conmigo. Solas, a ninguna parte.

Don Gonzalo. Tira usted mucho de la cuerda, señora.

Micaela. ¡Toda vigilancia es poca, don Gonzalo!

Don Gonzalo. ¡Qué gran carabinero hubiera usted hecho!

Micaela. ¡Don Gonzalo!

Don Gonzalo. Mis palabras no la ofenden. Lo digo en sentido elogioso.

Micaela. ¡Pues nadie lo creería! (¡Este hombre es tan grosero que hasta para elogiar insulta!)

(A la puerta del foro aparece DON NICOLAS.)

Don Nicolás ¿Hay una caña para un aficionado?

Vicente. ¡Don Nicolás!

Micaela. ¡Adelante!

Juanito Jiménez. ¡Pase usted, don Nicolás!

Don Nicolás. ¿Hay esa caña?

Vicente. Hay todas las cañas que usted quiera.

Don Nicolás. Entonces, entro.

(Micaela, Vicente, María Pepa, Solita y Juanito van a la mesa y cada uno coge una caña que ofrece a don Nicolás.)

Vicente. ¡Ahí va!

Micaela. ¡Ahí va!

Juanito Jiménez. ¡Ahí va!

María Pepa. ¡Ahí va!

Solita. ¡Ahí va!

Don Nicolás. ¡Pero, señores! ¿A quién desairo? ¡Si yo no quiero más que una caña!... ¡Vaya, aceptaré la de María Pepa! Te quito la caña, pero te dejo el anzuelo. (Abucheo general.)

María Pepa. ¡Uy! ¡Qué malo es eso!

Solita. ¡Qué malo!

Micaela. ¡Qué malo!

Don Nicolás. ¿Que es malo? (Señalando a Paquito Marqués.) Pues aquí está el boticario. ¡Que lo cure! (Nuevo abucheo.)

Vicente. ¡Eso es peor!

Micaela. ¡Mucho peor!

María Pepa. ¡Fuera!

Solita. ¡Fuera!

Don Nicolás. ¡Que no doy una! (Se bebe la caña. Los demás dejan las suyas en la mesa.)

Blanquita. ¡Mala noche, don Nicolás!

Don Nicolás. ¡Hola, Blanquita! No dirá eso Pedrito.

Pedrito. ¡Vaya! Al fin le salió una cosa afortunada.

Don Nicolás. Me alegro de que a ti te lo parezca. El madrigal es mi elemento y no el chiste.

Solita. ¿De dónde viene usted?

Don Nicolás. De recorrerme una por una todas las barracas de la feria.

Don Manolito. Cuente usted. ¿Y hay algo digno de verse?

Don Nicolás. Todo es digno de verse, don Manolito, y nada es digno de verse; depende del espíritu del observador. A mí, por ejemplo, estas cosas que los hombres sesudos califican de chiquilladas, me atraen de un modo singular. Y gozo y río y me divierto como si tuviera cinco años contemplando el monstruo de las tres cabezas o el furioso tigre de Bengala, pintado a la puerta del barracón del tamaño de un elefante y que dentro resulta un precioso gato con la piel atigrada, inofensivo y candoroso. ¡No me importa la estafa; ya cuento con ella! Y hay quien para estafar lleva su ingenio a límites inconcebibles. Existe, y no muy lejos de aquí, por cierto, una barraca donde se anuncia pomposamente, con letras gordas y entre admiraciones: «¡El mayor fenómeno de los siglos!» Y la gente se mata por entrar; pero una vez dentro el desencanto es terrible. Imagínense ustedes que no se ve más que a una mujer, sentada en una silla, silenciosa y muda. No es ni guapa ni fea, ni vieja ni joven; una mujer corriente, del montón. ¿Dónde está el fenómeno?—preguntan los incautos.—Y el granuja, dueño de la instalación, un andaluz de Cádiz, chirigotero y bromista, responde: ¡Pues ahí lo tienen ustedes: una mujer callada! ¿Mayor fenómeno? Algunos han querido pegarle, pero lo cierto es que el hombre no da abasto para vender papeletas. ¡Se hará de oro y lo merece! Siempre los listos han vivido de la buena fe de los tontos. ¡Está divertida la feria, está animada!

María Pepa. ¿Ves, mamaíta? ¡Y tú sin querernos dejar ir a ninguna parte!

Micaela. ¡María Pepa, que no me tenga yo que enfadar!

Vicente. No te enfades Irán conmigo, mujer.

María Pepa. (Palmoteando.) ¡Ole, ole!

Solita. (Abrazando a Vicente.) ¡Uy, qué bueno es mi padre!

Vicente. ¡Zalamera!

Micaela. ¡Claro! Como les das todos los gustos, por eso te quieren a ti más que a mí.

Vicente. ¡Tiempo les queda de no hacer su voluntad! Cuando se casen...

Micaela. ¡Estás enterado!

Vicente. ¿Es que tú crees que hay muchos hombres como yo?

María Pepa. ¡Como tú no hay nadie, papaíto!

Micaela. (A Vicente.) ¡Eso es lo que tú buscas!

Vicente ¡Vaya! Que se anime el que quiera. Y aprovechen la ocasión, que como esta no se presentan muchas. ¡Yo convido a todo!

Paquito Marqués. ¡Viva don Vicente!

Micaela. (¡Ya está el gorrón del boticario con los ojos fuera de su sitio! ¡Este hombre!...) Pero, Vicente, ¿te vas a ir ahora, cuando ha llegado don Nicolás?

Vicente. Don Nicolás es de confianza.

Don Nicolás. (A Micaela, en voz baja.) Y que quedándose usted me estorba su marido, Micaela.

Micaela. (A don Nicolás.) ¡Es usted atroz!

Vicente. ¡Vamos! Que las cosas no se dicen más que una vez; el que quiera que me siga. ¿No vienes, Blanquita?

Blanquita. No, señor; muchas gracias. Voy a llegarme un rato a la caseta de María Teresa.

Don Nicolás. Doña Pepita anda atareadísima preparando la buñolada.

Blanquita. ¡Por eso! Razón de más para que alguien vaya a ayudarle, ya que los buñuelos los hemos de comer todos. ¡Hasta ahora! (Vase por el portillo de la izquierda.)

Vicente. ¡Allons enfants de la patrie!

Paquito Marqués. ¡Viva don Vicente! ¡Anda, Juanito!

María Pepa. ¡Viva!

Solita. ¡Viva!

(Se van por el foro animadamente Vicente, María Pepa, Solita, Juanito y Paquito Marqués.)

Micaela. (¡Y que viva mil años para llenarte a ti la tripa, roñoso, boquera! ¡No puedo con este boticario!)

Don Gonzalo. ¡Un hombre feliz!

Don Nicolás. ¿Don Vicente? ¡Un padrazo!

Micaela. Demasiado. ¡No sabe educar a sus hijos!

Don Manolito. ¡Pero sabe quererlos!

Micaela. ¿Y yo no?

Don Nicolás. ¿Qué cuentas, Pedrito? ¿Cómo va tu asunto?

Pedrito. Estancado. No se sabe nada todavía.

Micaela. ¡Ah, sí! ¿Ya no hay duelo?

Don Gonzalo. Probablemente no.

Micaela. ¡Qué lástima!

Pedrito. ¡Micaela!...

Micaela. ¡La verdad! No es que yo apruebe el duelo, que condena la Iglesia, pero desafiarse para no batirse me parece una tontería.

Don Gonzalo. ¡La mía, señora! Alguna vez habíamos de estar de acuerdo usted y yo.

Micaela. Pues crea usted que lo siento.

Pedrito. Descuide usted que nos batiremos, Micaela. ¡No faltaba más! La cosa, como usted comprenderá, no puede quedar así.

Don Gonzalo. ¡No te batirás, Pedrito! Lo has de ver. Te firmarán un acta y tú te bañarás en agua de rosas, porque digas lo que quieras estás muertecito de miedo. Lo prueba el hecho de que andas cortejando a mi hija como nunca y eso no lo haces más que por el afán de aturdirte y distraerte. ¿Miento?

Pedrito. ¡Caray, Coronel! Jugarse la vida no creo que sea para bailar. ¡El desafío es una cosa muy seria!

Don Gonzalo. Por lo mismo procura uno contenerse y moderarse antes de llegar a ese terreno, pero una vez en él hay que pechar con todas las consecuencias, Pedrito. ¡Hasta el honor se desvirtúa con el tiempo!

Don Nicolás. Tampoco se puede llevar todo por la tremenda como usted pretende, Coronel. La vía diplomática da mejores resultados.

Don Gonzalo. La vía diplomática, la amigable componenda... ¡El pánico disfrazado de corrección! ¡Así nos luce el pelo! Mientras que la patente de valor siga siendo un papel mojado con cuatro firmas, habrá muchos cides que correrán como gallinas en la primera ocasión que se les presente de probar sus arrestos. Se dice a batirse, ¡pues a batirse hasta que uno de los dos quede tendido en el campo!

Don Manolito. (¡Qué atrocidad!)

Don Gonzalo. Vería usted cómo, si todos los duelos se llevasen a efecto, aprendíamos mejor a respetarnos los unos a los otros. Pero con el subterfugio de las actas nos permitimos decirle al prójimo las mayores atrocidades en la seguridad de que todo ha de terminar en un almuerzo. ¡Y así camina el mundo!

Micaela. ¿Usted no se ha batido nunca, Coronel?

Don Gonzalo. Una sola vez y en condiciones terribles, señora. Se convino un duelo a pistola, a cuatro disparos avanzando. Mi adversario, hombre de apocado espíritu, fué designado por la suerte para disparar el primero, y disparó, pero le falló el tiro. Entonces fuí yo y disparé a un árbol.

Don Nicolás. ¡Noble acción!

Don Gonzalo. ¡Nada de noble acción! Era que mi adversario se había subido al árbol.

Don Nicolás. ¡Don Gonzalo!

Don Gonzalo. Y allí le cacé como a una rata y le atravesé una pierna de un balazo. Desde entonces nadie se ha vuelto a meter conmigo.

Don Nicolás. ¡Lo creo!

Micaela. (Que era un animal lo sospechaba yo, pero me faltaban las pruebas.)

Don Manolito. (¡Qué bruto!)

Pedrito. (¡Qué salvaje!)

Don Gonzalo. Por eso que procuren no solicitarme más como padrino—¿te enteras, Pedrito?—porque el que me solicite va al terreno a fe de Gonzalo que me llamo. Superchería de actas nunca más, nunca más.

Pedrito. Es que la mía no se ha firmado aún.

Don Gonzalo. Pero se firmará, se firmará.

Micaela. Y a propósito de firmas, Coronel. ¿Se otorgó ya la escritura de compra de «Los Rosales»?

Don Gonzalo. Aún no, señora. ¡Esa es otra! Al badulaque del Notario le voy a tener que decir cuántas son dos y dos. ¡Y va a ser mañana mismo! Medio mes lleva entreteniéndonos con que si falta este papel o falta el otro. ¡Y lo que falta es formalidad, señora mía!

Micaela. Entonces, Acuña seguirá desde luego en la fonda del balneario.

Don Nicolás. ¡Es de suponer!

Micaela. A tu casa es a donde no habrá vuelto, ¿verdad, Pedrito?

Pedrito. ¡Y el Señor lo libre de intentarlo! Mandó por su baul y por sus cosas y se le dieron todas. ¡Vaya bendito de Dios, que buena complicación nos ha traído!

Micaela. ¿Y tu hermana?

Pedrito. ¿María Teresa? Ni habla ni paula. Se ha encerrado en un mutismo absoluto. De pronto se queda abstraída y de pronto suelta unas carcajadas que nos desconciertan a todos.

Micaela. ¡La pobre!...

Pedrito. Pero va mejor; por lo menos parece arrepentida. Ayer estuvo el señor Cura en casa, encerrado con ella más de una hora, y la confesó y la absolvió.

Micaela. ¿Que la absolvió?

Pedrito. ¡Sí, señora! Y salió de la habitación riéndose y diciéndonos a todos: «Nadie hable mal de María Teresa. ¡Es un demonio, pero es un ángel!»

Micaela. Este señor Cura es muy aficionado a las frases de relumbrón.

(Dentro, hácia la izquierda, se oye sonar un piano, repicar de castañuelas y esta sevillana cantada por una mujer.)

«Me dijiste que era fea,
me pusiste una corona;
más vale fea y con gracia
que no bonita y guasona.»

Don Nicolás. ¡Buena juerga tienen armada en la caseta de al lado!

Micaela. Es de las muchachas de Pinto. Podemos

pasar, si ustedes quieren. Hace un rato que han venido a invitarme.

Don Manolito. ¡Bien baila la rubita!

Don Nicolás. ¡Bien baila!

Micaela. ¡Conchita Rojas! En eso ha salido a su madre, que también ha bailado lo suyo.

Don Gonzalo. ¡Y que le quiten lo bailado, Micaela!

Micaela. ¡Trabajo le doy al que lo intente!

(Un momento quedan todos mirando hacia la izquierda. Por la derecha sale BLANQUITA.)

Blanquita. Los buñuelos están diciendo: comedme.

Don Nicolás. ¡Pues vamos por ellos, antes de que se enfríen!

Micaela. Yo, la verdad, no quisiera ir a la caseta de Pepita, sin entrar en esta aunque no fuera más que un momento. Pudieran tomarlo a desaire y luego todo son hablillas.

Don Nicolás. Como usted disponga.

Micaela. Entramos, saludamos y nos marchamos en seguida. ¿No les parece a ustedes?

Don Nicolás. ¡Hecho!

Don Manolito. ¡Arriba, Coronel!

Don Gonzalo. ¿Quién? ¿Yo a la caseta de Pinto? ¡Primero, moro!

Don Manolito. Pues, ¿qué le pasa a usted?

Don Gonzalo. ¡Que no trago a Pinto ni bebiendo agua encima!

Micaela. ¡Pero, don Gonzalo, si ahora no se trata de tragar a nadie; se trata de quedar bien!

Don Gonzalo. ¿Y pudiendo quedar mal, qué necesidad tengo de quedar bien? ¡No voy! ¡Y así se enterará Pinto de que no lo trago! (Intentando levantarse con grandes esfuerzos.) ¡Bueno! Esto ya lo suponía yo. El relentito de la noche y la humedad me han hinchado la pierna ¡y cualquiera me levanta! (A Blanquita.) ¿Lo estás viendo, niña? ¿Qué te decía yo? ¿Y para esto querías que viniera?

Blanquita. Para que te distrajeses un poco. Apoltronado en casa acabarás por no poder dar un paso, papá.

Don Gonzalo. ¡Está bien! Ayúdeme usted, don Nicolás.

Blanquita. ¡Deja! Aquí estoy yo.

(Agarrándose a don Nicolás y a Blanquita se pone en pie don Gonzalo.)

Don Gonzalo. ¡Me voy a la cama!

Blanquita. ¿A la cama?

Don Gonzalo. A ti que te acompañe Micaela, o Pepita, o don Nicolás. ¡Que hagan ese favor!

Blanquita. No; me voy contigo.

Don Gonzalo. ¡Conmigo, no! Yo no necesito a nadie, ni soy un tirano como Pinto, pongo por ejemplo, que cuando le duele la cabeza a él tiene que dolerle a toda la familia y si no se disgusta. Tú estás en sazón de divertirte, ¡pues diviértete. Yo tengo reuma, ¡pues a la cama! ¡Individualismo! ¡Independencia! ¡Autonomía! ¡Me carga la gente egoísta!

Blanquita. ¡Lo que tú mandes!

Don Nicolás. ¡Aliviarse, Coronel!

Micaela. Usted lo que debía era ponerse en cura.

Don Gonzalo. ¡Lo que yo debía era morirme! Los viejos no servimos para nada.

Micaela. Pero ¿usted se considera viejo?

Don Gonzalo. ¡Sí, señora!

Micaela Pues tendrá usted...

Don Gonzalo. ¡Los años de usted! Ni uno más ni uno menos!

Micaela. ¡Don Gonzalo!

Don Gonzalo. ¡Buenas noches! (Ha sido un par de sobaquillo. Bien merecido se lo tiene, por tacaña. ¡No haberme dado más que una copa de aguardiente!...) (Empieza a toser.) ¡Vaya! Ahora la tos. (Tosiendo fuerte.) ¡El pulmón, hijo, echa el pulmón! ¡Los sesos! (Vase por la puerta del foro, tosiendo y refunfuñando.)

Micaela. (¡Así te ahogaras!)

Don Nicolás. ¡Malo está el Coronel!

Micaela. Pero si se despide sin decir una grosería no duerme tranquilo esta noche. Y perdona, Blanquita, que hablemos así de tu padre.

Blanquita. Crea usted que yo soy la que más sufro con sus cosas.

Micaela. Qué, ¿vamos a la caseta de Pinto?

Don Nicolás. ¡Vamos allá!

Micaela. Y así damos lugar a que vuelva Vicente con las niñas para que tomemos todos juntos los buñuelos.

Don Nicolás. Me parece muy bien.

Micaela. (Invitando a pasar a don Manolito.) ¿Don Manolito?...

Don Manolito. Pase usted, señora.

(Por la derecha se van Micaela, don Nicolás y don Manolito).

Micaela. (Dentro.) ¡Queridas niñas!...

(Y se oyen voces femeninas que acogen la llegada de Micaela con manifestaciones de júbilo. Blanquita se va a marchar por la izquierda, pero Pedrito la detiene).

Pedrito. ¡Blanquita, no te vayas!

Blanquita. ¿Qué?

Pedrito. ¡Dos palabras!

Blanquita. ¡Tú dirás!

Pedrito. ¿Sabes qué día es hoy?

Blanquita. ¿Por qué me lo preguntas?

Pedrito. ¿Lo sabes?

Blanquita. ¡Sí!

Pedrito. ¡23 de junio; víspera de San Juan, noche de San Juan! En esta noche las muchachas solteras, como tú, hacen mil diabluras: derriten plomo, dejan alcauciles cerrados en sus ventanas con la esperanza de hallarlos florecidos al amanecer, mojan la cabeza con agua del pozo a las doce de la noche, invocan la protección del Santo Bautista!... Y todo ¿por qué? ¡Por encontrar un novio! Yo te he detenido para decirte que, por lo que a tí respecta, puedes ahorrarte esos trabajos porque tú el novio ya lo tienes. ¡Muá!

Blanquita. ¿Quién?

Pedrito. ¡Muá!

Blanquita Y ¿quién es muá?

Pedrito ¡Muá es yo, en francés!

Blanquita ¡Miau!

Pedrito. ¿Cómo?

Blanquita. Miau es que te limpies, en castellano.

Pedrito. ¡Blanquita!

Blanquita. Te he dicho ochenta veces que hasta que no concluyas tu carrera no cuentes conmigo. ¿Noviazgo por carta? ¡No en mis días! ¿Que te quiero mucho, que sin tí no vivo, en la correspondencia, y en la realidad divirtiéndose con unas y con otras? ¡No me conviene! ¡Pues bonita imaginación me ha dado Dios para soportar una cosa semejante! Me pasaría el día cavilando: ¿qué hará? ¿qué no hará? ¿me querrá? ¿no me querrá? ¿me engañará con otra? ¿será constante? ¿se acordará de mí? ¿trasnochará? ¿estudiará? ¿me dará la castaña? ¿me dará el queso? ¿se burlará?... ¡Jesús! Para acabar en una casa de locos era lo que necesitaba. Hazte abogado y después habla conmigo. Esperarte ya es quererte. Si no te basta, pues peor para tí.

Pedrito. (Yendo hacia ella.) ¡Blanquita!

Blanquita. (Retrocediendo.) ¡Sin avanzar!

Pedrito. (Deteniéndose.) ¿Qué?

Blanquita. No; creí que ibas a cogerme las manos. Y eso para el teatro está bien; para aquí, no.

Pedrito. ¡Eres cruel!

Blanquita. (Riéndose.) ¡Ay, éste! ¡Cruel! ¡Si supieras la gracia que me haces cuando te pones en trágico!...

Pedrito. (Desconcertado.) ¡Blanquita!

Blanquita. (En tono natural y sin darle importancia a la pregunta.) Oye, Pedrito, ¿de veras que me quieres mucho?

Pedrito. ¿Lo dudas?

Blanquita. Escúchame. ¿Tú serías capaz de sacrificarte por mí?

Pedrito. ¡Desde luego!

Blanquita. ¿Qué sacrificio te parecería a tí el mayor de todos?

Pedrito. ¡Dejar de verte!

Blanquita. ¡Pues ese es el que te pido!

Pedrito. ¿Cómo?

Blanquita. ¡Que te vayas!

Pedrito. ¿Te molesto?

Blanquita. No, pero quiero cerciorarme de la verdad de tus palabras. ¿No te vas?

Pedrito. ¡Bueno! ¡Me iré! Si es tu gusto...

Blanquita. (Remedándolo.) ¡Me iré!... Pero no te mueves. Y has puesto una cara... Al sacrificio, cuando es por una mujer, se marcha deprisa y sonriente.

Pedrito. Está bien. (No hay quien la entienda. Yo me quedo tonto.) Y ¿qué voy yo ganando?

Blanquita. ¿Que qué vas ganando? ¡Cada paso que des alejándote de mí es un paso que das acercándote a mí!

Pedrito. (Espantado.) ¿El qué?... (Lo dicho; que yo me quedo tonto.)

Blanquita. (Empujándole.) ¡Anda ya!

Pedrito. Voy. ¡Adiós, mujer! (Encaminándose muy despacio hacia la puerta del foro, sin dejar de mirar a Blanquita con ojos de asombro.) ¡Ya me alejo!

Blanquita. ¡Ya te acercas!

Pedrito. (Encogiéndose de hombros.) (¡Pues, señor, que me almidonen si sé a qué viene esto!) (Vase por el foro.)

Blanquita. (Como el que se quita un gran peso de encima.) ¡Ay! ¡Gracias a Dios! Pensé que no se marchaba nunca. (Yendo hacia el portillo de la izquierda.) ¡María Teresa! ¡María Teresa!... ¡Déjela usted, doña Pepita! En seguida vuelve. (Por la izquierda llega María Teresa, riéndose.) ¡Hija, qué apretada está tu madre!

María Teresa. No me deja ni a sol ni a sombra.

Blanquita. ¿De qué te reías?

María Teresa. De oir a Cascabeles.

Blanquita. ¿El sacristán? Y ¿qué hace ahí?

María Teresa. Lo ha mandado venir mi madre para que toque el piano en caso necesario; pero como nadie ha aparecido por la caseta todavía, el hombre se entretiene haciéndole el amor a mi criada.

Blanquita. ¿Es posible? Bueno, vamos a lo nuestro, que antes no te pude decir una palabra porque tu madre no nos dejó ni un momento solas.

María Teresa. Es verdad. ¿Le has visto?

Blanquita. ¡Le he visto!

María Teresa. Cuéntame.

Blanquita. Está apenadísimo, tristísimo, intrigadísimo... ¡y guapísimo!

María Teresa. ¡Blanquita!

Blanquita. ¡Se explica que estés loquita por él, hija de mi alma! ¡Es un hombre de los que se suelen llamar de concurso!

María Teresa. ¡Mujer!

Blanquita. ¡Por eso te critican tanto en el pueblo, porque la que más y la que menos lo que te tienen es envidia, envidia y nada más que envidia!

María Teresa. Bien; no te remontes y cuéntamelo todo. ¿Le has hablado?

Blanquita. ¡Pues no que no!

María Teresa. ¿Y qué te ha dicho?

Blanquita. Que te quiere con el alma, con el corazón, con la cabeza y no sé con cuántas cosas más. En fin, que te quiere a cegar, vamos: que se muere sin ti y que antes lo pican que dejar de quererte.

María Teresa. ¡Qué alegría!

Blanquita. Y te advierto que en todo pone un fuego, una pasión, un brío, que he llegado a pensar si estará loco.

María Teresa. Loco, no sé; neurasténico, desde luego. El mismo no lo oculta.

Blanquita. Me cogió por una muñeca, y apretándomela, y con los ojos muy abiertos, me llevó hasta un extremo de la habitación, y allí me dijo: —¡Blanquita, esa mujer es toda mi vida!—¡Mi muñeca!—¡Mi vida entera!—¡Que me lastima usted, Manolo!—¡Y a mí no me duele nada!—¡A mí, sí!—¡A mí no me duele nada más sino que ella pueda pensar que yo la abandono como un cobarde!—¡Mi muñeca!—¡Ah! Perdone usted. —Está usted perdonado. Pero yo, con la muñeca abierta. ¡Mírala! (Se la enseña.) ¡Es un pasional! (Inútil es decir que la actriz deberá coger a María Teresa como se supone que a ella la cogió Manolo, y que la parte de diálogo deberá hacerla imitando la voz de Manolo y la suya en la situación que pinta.)

María Teresa. (Riéndose.) ¡Blanquita, déjame que te abrace! No hay nadie como tú.

Blanquita. Puedes jurarlo; que se interese tanto por tus cosas ninguna como yo. No te digo más sino que hace tres días que no descanso ni sosiego, que de pronto me despierto por las noches, sobresaltada y dando gritos, y que a la menor cosita ya me tienes pálida y con un temblor que ni que estuviera bailando la rumba. (Imitando el movimiento del baile cubano.) ¡Un espanto!

María Teresa. ¡Pobre Blanquita! Oye, dime; y Manolo, ¿no te ha dado nada para mí?

Blanquita. ¡Calla mujer, ya lo creo! ¡Una carta! ¡Qué cabeza la mía! Aquí la tengo. (La saca del pecho.) Toma.

María Teresa. Trae. (Rompiendo el sobre nerviosa y leyendo la carta con avidez.) «Alma de mi alma: no te olvido. Por tu cariño único yo te debo una satisfacción única también. Pronto la recibirás. Pronto seremos felices. Tuyo hasta la muerte, Manolo.»

Blanquita. ¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

María Teresa. Quiere decir que pronto estaremos reunidos, que me sigue esperando para que huyamos juntos.

Blanquita. ¿Y tú te irás?

María Teresa. ¿Cómo quedarme en el pueblo, Blanquita, cómo soportar toda la vida la humillación de estas gentes que me huyen, que me dan de lado, que me desprecian? Nadie ha ido a mi caseta; nadie me busca. Todos me condenan con su desvío. Razón tenía yo para no querer venir a la feria; pero mi madre se empeñó por creer que así daríamos menos que hablar que quedándonos en casa, y ya lo has visto: peor, mucho peor. ¡Habrá que oir lo que dirán de nosotras! ¿Y piensas que he de seguir aquí, Blanquita? No; me iré con él como sea. ¡Es mi única salvación, mi único camino!

Blanquita. ¡María Teresa!

María Teresa. Ya que estas gentes castigan lo mismo el pensamiento de una acción culpable que la propia acción, yo debo realizar mi pensamiento siquiera no sea más que para que la pena esté en armonía con el daño. Me iré, me iré, cuando él me diga, cuando él quiera. ¡Y ojalá sea pronto! (Murmullos dentro.)

Blanquita. ¡Calla! Viene gente.

(María Teresa se guarda la carta en el pecho. Por el foro entran MARIA PEPA, SOLITA VICENTE, JUANITO JIMENEZ y PAQUITO MARQUES, todos muy alegres menos Juanito.)

Vicente. ¡Hola! ¿Y mi mujer?

María Pepa. ¿Y mi madre?

Blanquita. En la caseta de las de Pinto está.

Paquito Marqués. ¿Aquí al lado?

Blanquita. ¡Sí!

Vicente. ¡Pues vamos a recogerla! A los buñuelos les faltará poco; ¿no, María Teresa?

María Teresa. Hace media hora que están listos.

Vicente. ¡Caramba!

María Pepa. (Mirando hacia la derecha.) ¡Uy, mira; están jugando a las prendas! ¡Anda, papá! (María Pepa, Solita y Vicente se marchan por la derecha.)

Paquito Marqués. (Acercándose a María Teresa.) ¡Dios guarde a usté, María Teresa!

María Teresa. Y a usted, Paquito. (Y le vuelve la espalda.)

Paquito Marqués. (¡Tan orgullosa como sigue después de lo que le ha pasado! ¡Cualquiera entiende a las mujeres!) Oiga usted, Blanquita.

Blanquita. Usted me dirá.

Paquito Marqués. (Llevándola hacia la derecha.) Haga usté el favor. (En voz baja.) ¿Usté sabe si María Teresa...? (Se van los dos por la derecha cuchicheando. Juanito desde que entró se quedó apoyado en la barandilla del foro, y allí sigue contemplando con ojos amorosos a María Teresa.)

María Teresa. (A Juanito.) Y tú, ¿no vas a la caseta de las de Pinto?

Juanito Jiménez. ¡No!

María Teresa. ¿Por qué?

Juanito Jiménez. Porque quiero hablar contigo, María Teresa.

María Teresa. Desgraciadamente, Juanito, tú y yo lo tenemos todo hablado.

Juanito Jiménez. ¡Quién sabe!

María Teresa. ¿Cómo?

Juanito Jiménez. ¡Escúchame, mujer! Y no te ofendas por lo que voy a decirte, que si yo supiera adornarlo con palabras bonitas lo adornaría, pero bruto y torpe como soy, no puedo decírtelo más que como lo siento.

María Teresa. Habla.

Juanito Jiménez. María Teresa, a mí me da mucha lástima de ti. (María Teresa se ríe.) ¡Sí, mucha lástima! Tú te ríes y disimulas, pero la procesión va por dentro.

María Teresa ¡Juanito!

Juanito Jiménez. Has dao un mal paso, has pisao en mal terreno, y con fundamento o sin él, que yo no quiero meterme en averiguaciones, lo cierto es que andas en lenguas de todos, que todos te critican y todos te rechazan. Esto a ti no se te puede ocultar.

María Teresa. ¡Y no me importa!

Juanito Jiménez. (Con emoción.) Pero esa situación es tremenda, María Teresa. ¡Yo me hago cargo! No te queda más recurso que casarte, encontrar un hombre que pase por tó y que con su nombre cubra el tuyo. Y yo... yo,—¡lo vengo pensando hace ya días!—yo... ¡no sé cómo explicártelo!

María Teresa. ¡Acaba!

Juanito Jiménez. No te disgustas, ¿verdad?

María Teresa. ¿Por qué?

Juanito Jiménez. Pues yo, que te quiero como ni tú misma sospechas, que no te creo manchada de nada ni culpable de nada, te digo: María Teresa, si tú quieres, dispón de mí para salvarte.

María Teresa. ¡Juanito!

Juanito Jiménez. ¡Te hablo con el corazón, María Teresa!

María Teresa. (Conmovida.) Y yo te agradezco tu generosidad, pero no debo aceptarla.

Juanito Jiménez. ¿No?

María Teresa. ¿A qué arrastrarte en mi caída? Además, Juanito,—trabajo me cuesta confesarlo después de oirte—yo nunca he estado enamorada de ti. Sería incalificable mi proceder si ahora, para salvarme, te dijera que te quería. ¡No, Juan! Pero, de todas formas, gracias, muchas gracias. Si nunca estuve enamorada, ahora ya siempre te estaré agradecida. ¡Dame la mano, Juan; tú eres un hombre!

Juanito Jiménez. ¡María Teresa!

(Un momento permanecen silenciosos, con las manos cogidas. Por la derecha sale PAQUITO MARQUES, el cual al verlos se echa a reir.)

Paquito Marqués. ¡Que sea enhorabuena! ¡Era de esperar! ¡A falta de pan buenas son tortas!

Juanito Jiménez. (Rojo de indignación.) ¿Qué? ¡Eres un grosero y un mal educado!

Paquito Marqués. ¡Oye tú!

María Teresa. ¡Juanito!

Juanito Jiménez. ¡Y si no te enseñaron a respetar a una mujer, yo sabré enseñarte! (Y le da una bofetada.)

Paquito Marqués. (Llevándose las manos a la cara.) ¡Arrea!

María Teresa. (Sujetando a Juanito.) ¡Juan!

Juanito Jiménez. ¡Déjame, María Teresa! (Juanito y Paquito luchan a brazo partido.)

María Teresa. ¡Aquí! ¡Vicente! ¡Don Nicolás!

(Por la derecha acuden en este orden: primero, DON NICOLAS, después VICENTE, luego MICAELA, BLANQUITA y DON MANOLITO, y las últimas MARIA PEPA y SOLITA.)

Don Nicolás. ¿Eh? ¿Qué pasa? ¡Juanito! (Los separa.)

Vicente. ¡Juanito! (Se pone al lado de su hijo.) ¿Qué ha sido?

Juanito Jiménez. ¡Ese, que ha intentao ofender a una mujer a quien yo quiero, y eso no se lo consiento ni a él ni a nadie!

(Cuando Paquito ve sujeto a Juanito se yergue como un gallo inglés.)

Micaela. (Saliendo.) ¿Qué ha sido?

Blanquita. ¿Qué ocurre?

Don Manolito. ¿Bronca?

Paquito Marqués. (¡Me ha deshecho la cara! ¡Qué bárbaro!)

María Pepa. ¿El qué?

Solita. ¿Mi hermano?

Vicente. No es nada, no asustarse.

Don Nicolás. ¡Juanito y Paquito, que han tenido un pour parler!

Paquito Marqués. (Y le llama encima pour parler a la bofetá que me han dao!)

Micaela. (Por María Teresa.) (¡Siempre será la causante esta mosquita muerta!)

Paquito Marqués. Pero si yo no sé cómo ha sido, con lo amigos que éramos!...

Don Manolito. ¡Vaya, vaya! ¡No tiene importancia la cosa!

Paquito Marqués. (¡Bien se conoce que no se la han dao a él! ¡Ya veríamos si tenía importancia!)

Vicente. (A Juanito.) ¡Anda tú conmigo! (Y se lo lleva por la izquierda.)

Don Nicolás. ¡Vamos por los buñuelos!

Paquito Marqués. Y digo... Aquí, María Teresa, lo ha visto. ¿Ha habido razón? Por una broma sin malicia.

Don Manolito. ¡Se acabó, Paquito!

Don Nicolás. ¡Y no se hable más de ello! ¡Qué tontería! ¡Quede todo aquí!

Blanquita. (Llevándose a María Teresa por la izquierda.) ¡Anda, María Teresa!

Micaela. (A sus hijas.) ¡Niñas, conmigo! (Se van las tres por la izquierda.)

Don Manolito. (A Paquito.) ¡Pase usted!

Paquito Marqués. (Marchándose por la izquierda, sin quitarse la mano de la mejilla.) (Si me coge un poquito más de plano, de perfil para siempre.)

(Don Manolito se va detrás de Paquito. Cuando don Nicolás va a marcharse, aparece por el foro MANOLO ACUÑA.)

Manolo. ¡Don Nicolás!

Don Nicolás. (Sorprendido.) ¿Usted, señor Acuña?... ¿Cómo se ha atrevido usted a llegar hasta aquí, hombre de Dios?

Manolo. ¡Oigame usted, don Nicolás! He venido a buscarle fiado en su caballerosidad y en su hidalguía, esperanzado en la bondad de usted, para pedirle, para suplicarle, si es preciso, que me conceda un favor.

Don Nicolás. ¿Un favor? Si está en mi mano...

Manolo. En su mano está.

Don Nicolás. ¡Pues hecho!

Manolo. ¡Yo deseo, me es imprescindible, absoluta-

mente necesario, hablar esta misma noche con María Teresa!

Don Nicolás. ¿Cómo? ¡Amigo mío!...

Manolo. ¡Y solicito que usted ampare esa entrevista!

Don Nicolás. ¿Quién, yo? ¡Vamos, usted se burla!

Manolo. ¡No me burlo, don Nicolás!

Don Nicolás. ¡Pues lo parece!

Manolo. ¡Le hablo al caballero!

Don Nicolás. Y el caballero le responde a usted que por serlo no puede convertirse, como usted pretende, en cómplice de una acción reprobable.

Manolo. ¡No lo es, don Nicolás!

Don Nicolás. ¿Quién me lo asegura?

Manolo. ¡Yo!

Don Nicolás. ¿Usted?

Manolo. Y es más: si quiere usted, tampoco encuentro inconveniente en que presencie usted nuestra entrevista, en que oiga usted lo que hablemos María Teresa y yo.

Don Nicolás. ¡Bueno fuera!

Manolo. ¡Pero no me niegue ese favor que le pido!

Don Nicolás. ¡Bah, bah! ¡Me asombra su franqueza, por no llamarla de otro modo, señor Acuña!

Manolo. ¡Don Nicolás!

Don Nicolás. Aparte otras consideraciones, yo le ruego a usted que comprenda mi situacion cerca de la familia de María Teresa, para que mi negativa a su deseo no la juzgue caprichosa y arbitraria, sino fundada y razonable. ¿Qué pensarían de mí los deudos y allegados de la muchacha si llegaran a enterarse de que yo, el más obligado a ellos, había buscado los medios para que usted y María Teresa se viesen nuevamente? ¡Compréndalo usted, señor Acuña!

Manolo. ¡Por favor!

Don Nicolás. ¡No puedo!

Manolo. ¡Por...!

Don Nicolás. ¡No insista usted!

Manolo. ¡Está bien! ¿Y si yo le dijese, don Nicolás, que de esa entrevista dependía la felicidad de todos, si yo le dijese eso; seguiría usted negándose a proporcionármela?

Don Nicolás. ¿Cómo la felicidad?

Manolo. ¡Lo que usted oye!

Don Nicolás. Pero, hombre, ¿aquí? ¿En plena feria? ¡Al demonio se le ocurre! Si se tratara siquiera de un sitio reservado..

Manolo. ¡Más oculto se está entre todos que a solas, don Nicolás!

Don Nicolás. En eso no va usted descaminado.

Manolo. Luego ¿accede usted?

Don Nicolás. ¡Caramba, amigo Acuña! Trabajo me cuesta negarme tantas veces.

Manolo. ¡Gracias, don Nicolás!

Don Nicolás. ¡Cuidado! ¡Que nada he dicho ni a nada me he comprometido todavía!

Manolo. ¡No importa! Conozco sus sentimientos y me basta.

Don Nicolás. ¡Bueno! Pero esto es acorralarlo a uno. En fin, yo veré, yo veré... Contando con las seguridades que usted me ha ofrecido de que no ha de suceder entre ustedes ninguna cosa desagradable...

Manolo. ¡Al contrario, don Nicolás! Y muchas gracias. ¡Le juro á usted que ha de alegrarse! ¡En el Paseo aguardo! (Vase por el foro.)

Don Nicolás. (Perplejo.) ¿Que he de alegrarme yo? ¿Que de la entrevista depende la felicidad de todos? ¿Qué será ello? ¿Se habrá quedado viudo? ¡En fin, por mí que no quede! (Mirando hacia la izquierda.) Pero, ¿cómo arranco ahora a María Teresa del lado de Paquito que se le ha cosido a la falda?... ¡Ah, sí, ya sé! ¡Maravillosa idea!. . Me aprovecho del lance con Juanito y le voy a dar al boticario un susto de muerte. ¿Quién lo duda? Buscaré la complicidad de don Manolito para que me ayude y entre los dos... ¡Se muere el boticario, se muere! (Por la izquierda salen ANA y CASCABELES. Cascabeles es un tipo encogido y místico, de modales ligeramente afeminados. Viste de negro.) ¡Muchacha! ¿A dónde vas?

Ana. Que nos manda aquí la señorita Micaela pa que tengamos cuidao de la caseta.

Don Nicolás. Les manda a ustedes para que tengan cuidado de la caseta ¿y a quién manda para que tenga cuidado de ustedes? ¡Por que tan importante es lo uno como lo otro!

Ana. ¡Don Nicolás!

Cascabeles. ¡Señor don Nicolás!

Don Nicolás (Me divertiría que este apagaluces le birlara la novia a Agustín. ¡Por supuesto que bien empleado le estaría. ¡Por zoquete!) (Vase por la izquierda.)

Cascabeles. ¡Qué humorista es este don Nicolás!

Ana. (Advirtiendo los dulces.) ¡Cascabeles, venga usté pa acá, que aquí hay durses!

Cascabeles. Muchas gracias, Anilla. Adonde voy a ir es a la caseta de don Guzmán, que ya va siendo la hora. Con esto de que en el pueblo no seamos más que dos o tres los que sepamos tocar el piano, cuando llegan estos días andamos de cabeza.

Ana. ¡Lo creo! Pero tome usté siquiera una yemita antes de irse.

Cascabeles. Por no despreciar...

Ana. ¿La quiere usté de coco?

Cascabeles. El coco suele sentarme mal en el estómago.

Ana. Entonces, de chocolate.

Cascabeles. ¡Vaya porque sea de chocolate!

(Se la come. Por el foro entra AGUSTIN con traje dominguero. Ana, al verlo, procura soliviantar al sacristán.)

Ana. (¡Anda, morena! ¡Agustín! ¡Ni yamao con campaniya.) (A Cascabeles en voz baja.) ¡Cascabeles, por su salú, dígame usté que me quiere, dígamelo usté en voz arta!

Cascabeles. ¡Pero, Anilla!...

Ana. ¡Abráseme usté! ¡Abráseme usté!

Cascabeles. ¿Que la abrace? ¡Qué horror!

Ana. ¡Abráseme usté! ¡Si no me importa!... ¡Abráseme usté!

Cascabeles. (Pero, ¿qué le ha dado? Debe ser un ramalito de locura.) (Apartándose de ella.)

Ana. (¡Uy, qué hombre más soso!)

Cascabeles. (¡Qué mujeres, Dios mío, qué mujeres! ¡Qué perdición!) (Saludando a Agustín.) Santas y buenas.

Agustín. Recuerdos a Pascual.

Cascabeles. ¿A Pascual?

Agustín. ¡Er der sirio! (Se ríe escandalosamente.) ¡Se ha colao, se ha colao!

Cascabeles. ¡Guasón! (Desaparece.)

Agustín. Oye, ¿y qué hasías tú aquí con la madre abadesa?

Ana. ¿La madre abadesa? ¡Mi novio querrás desí!

Agustín ¿Qué?

Ana. ¡Mi novio!

Agustín. ¿Eso que ha salío es tu novio?

Ana. ¡Pa que lo sepas!

Agustín. ¿Pa que lo sepa yo? Pero, ¿lo sabe é?

Ana. ¡Agustín!

Agustín. Ahora si es que tú quieres una vida tranquila, sin movimiento, sosegá, de iglesia, vamos... ¡Pa eso sí! ¡Pa eso ni pintao Cascabeles!

Ana. ¡Es un güen hombre!

Agustín. ¡La mitá na más!

Ana. ¿Cómo?

Agustín. Yo me entiendo. ¡Güeno sí es!

Ana. Y servisiá.

Agustín. También.

Ana. ¡Y honrao y trabajadó! No creo que le farte ná.

Agustín. ¡Casi ná!

Ana. ¿Er qué?

Agustín. ¡Le farta arranque pa venir por ti, estando yo de por medio!

Ana. Pero, ¿tú?...

Agustín. ¡Ya lo sabes!

Ana. ¡Ay, Agustín!

Agustín. ¡Está dicho! Y parese mentira que no te hayas enterao hasta ahora...

Ana. ¡La verdá! Como tú nunca... Como tú siempre...

Agustín. ¿En qué queamos?

Ana. ¡En lo que tú quieras, Agustín!

Agustín. ¡Así sois las mujeres, que no haseis caso por lo regulá de lo que teneis ar lao!

Ana. ¡Y así sois los hombres, que no la mirais a una hasta que una mira a otro!

Agustín. ¿Quién me lo tenía que desí? ¡Que yo había de terminá ahorcándome!

Ana. Oye, ¿ahorcándote?

Agustín. ¡Tú verás; corgao pa siempre de una Aniyal... (La coge del brazo.)

Ana. ¡Agustín!

Agustín. ¿Quieres que te convide?

Ana. Quiero lo que tú mandes.

Agustín. ¡Pos arsa, que cuanto de güeno haya en la feria yo lo he de merca pa ti!

Ana. ¿Tienes dinero?

Agustín. Tengo un duro.

Ana. ¿Na más?

Agustín. ¿Te paese poco? Con un duro, gastao entre dos que bien se quieren, hay pa comprá hasta un catre de tijera.

Ana. ¿De lanse?

Agustín. ¡Con corchón de mueyes!

Ana. ¡Ersagerao!

Agustín. ¡Grasiosa!

Ana. (Casi desvaneciéndose en los brazos de Agustín.) ¡Ay, Agustín! ¡Un sueño me parese!

Agustín. Un sueño, ¿eh? ¡Y eso que toavía no hemos comprao er catre! ¡Tira pa er Paseo!

(Se van por el foro. Por la izquierda salen DON NICOLÁS, DON MANOLITO y PAQUITO MARQUÉS, éste más asustado que una vieja.)

Don Nicolás. ¡Nada, nada, querido Paquito! ¡No hay más remedio! En estas cuestiones de honor es donde se prueba el valor de los hombres.

Paquito Marqués. ¡Pero si yo!...

Don Nicolás. A nosotros nos ha comisionado Juani-

to para que le exijamos a usted una reparación en el terreno de los caballeros; y nosotros, bien a nuestro pesar, nos vemos obligados... ¿No es verdad, don Manolito?

Don Manolito ¡Así es! Nos vemos obligados.

Paquito Marqués. ¡Bien está! Y yo daré las explicaciones que hagan falta, pero me parece que después de haber sido yo el perjudicao... ¡Digo, yo creo! Porque, ¿a ver, a quién le han dao la bofetá? ¡A mí! ¡Tener encima que batirse, vamos!...

Don Nicolás. Eso no es cuenta nuestra. Usted nombre a dos amigos que le representen, y con ellos nos entenderemos.

Paquito Marqués. ¿A dos amigos?

Don Nicolás. Es la costumbre.

Paquito Marqués. ¿Y dónde encuentro yo ahora a dos amigos?

Don Nicolás. En cualquier parte, señor. Busque usted a Pedrito, busque usted al Coronel...

Paquito Marqués ¡Hombre, sí! ¡Al Coronel! Eso me gusta. Siempre he oído yo decir que en los duelos viste mucho el que uno de los padrinos sea militar. No hará mucho que se fué de aquí don Gonzalo. ¿Verdad?

Don Nicolás. ¡Un rato!

Paquito Marqués. No se habrá acostao todavía, estará en su casa... ¡Voy por él!

Don Nicolás. Me parece lo mejor.

Paquito Marqués. Pero insisto, don Nicolás, en que estoy dispuesto a dar explicaciones, aunque mirándolo bien, las explicaciones me las debían dar a mí. Ahora que yo, por no batirme, ¡lo que sea! Y no es que me dé miedo, que sí me da; es que en mi vida he manejao un arma...

Don Nicolás. ¡Hombre! No se haga usted el inofensivo. ¿Me va usted a hacer creer que tratándose de batir puede decir que no sabe un boticario? ¡Por Dios! (Don Manolito le abuchea el chiste.)

Paquito Marqués. ¡Don Nicolás, no me gaste usté chuflas!

Don Nicolás. ¡Bueno, bueno! Vaya a buscar a esos amigos, que aquí aguardamos.

Paquito Marqués. ¡Está bien! (¡No le pasa a nadie más que a mí! Tras de lo uno lo otro. ¡Ná, que me la he ganao por chirigotero! ¡Tengo yo una pata!...) (Vase por el foro angustiadísimo. Cuando sale, don Nicolás y don Manolito sueltan la carcajada.)

Don Manolito. Pero, ¿qué pretende usted, don Nicolás?

Don Nicolás. Ya se lo diré á usted luego, don Manolito. Y gracias por su cooperación.

Don Manolito. Le advierto a usted que ese levanta al Coronel de la cama.

Don Nicolás. ¡Ca! Ese lo que hace es meterse en la suya y no moverse en un mes. ¡Chico susto lleva encima!

Don Manolito. ¡Allá usted! (Se dirige hacia la derecha.)

Don Nicolás. ¿A dónde se camina?

Don Manolito. Vuelvo a la caseta de las de Pinto.

Don Nicolás ¿Y eso?

Don Manolito. Me ha levantado de cascos la tal Conchita Rojas. ¿Qué quiere usted que le diga? ¡Vaya un guayabo, don Nicolás!

Don Nicolás. ¡Don Manolito! ¿Salimos con esas? ¡Que se trata de una menor!

Don Manolito. No lo crea usted. Ahora con esto de llevar las faltas por las rodillas hay cada menor de cuarenta años... (Se marcha riéndose, por la derecha.)

Don Nicolás. ¡Pues suerte, amigo!

(Por el foro aparece MANOLO ACUÑA.)

Manolo. ¡Don Nicolás!

(Don Nicolás por señas le impone silencio. Se dirige hacia la izquierda y con la mano llama a María Teresa. MARIA TERESA acude.)

María Teresa. (Estrechando la mano de Manolo.) ¡Manolo!

Manolo. ¡María Teresa!

Don Nicolás. (En ascuas.) ¡Silencio, por Dios, que me estoy jugando la pelleja! Si doña Pepita se entera es capaz de envenenarme la comida.

Manolo. ¡No importa!

Don Nicolás. ¡Cómo que no importa!

Manolo. No importa, repito, don Nicolás. ¡Abráceme usted! ¡María Teresa, dame tú la mano!

Don Nicolás. ¿Se ha vuelto loco?

Manolo. Aunque pueda usted pensar que me he vuelto loco, lo que hago es recobrar la razón. ¡Basta ya de farsa y fingimiento!

Don Nicolás. ¿Cómo?

María Teresa. ¿Qué dice?

Manolo. Digo, María Teresa, que basta ya de farsa y fingimiento, y que bendita seas tú que con tu sacrificio me has hecho reconciliarme con todas las mujeres.

Don Nicolás. (¿A qué viene esto?)

Manolo. Y ahora no me arañen ustedes ni me insulten cuando se enteren de toda la verdad. Perdón les pido de antemano. Don Nicolás lo sabe; conoce mis teorias. ¡Yo odiaba a las mujeres por igual!

María Teresa. ¡Manolo!

Manolo. ¡Oyeme, María Teresa! Reconozco mi error y me arrepiento de mis prejuicios. ¡A ti lo debo todo!

María Teresa. ¿A mí?

Manolo. Tú me has demostrado la falsedad de mis apreciaciones, y yo, rendido a la evidencia y orgulloso de mi felicidad, no puedo menos de decirte: ¡bendita seas, María Teresa!

Don Nicolás. ¡Señor Acuña!

Manolo. Me explicaré, don Nicolás. Conocidas mis ideas respecto a la mujer, ya puede usted imaginarse el terror que me inspiraría el matrimonio. Llegué aquí, y al verme rodeado de muchachas guapas, (A María Teresa.) ¡tú sobre todas!, me eché mis cuentas y me dije: ¡Aquí me casan!

Don Nicolás. ¿Qué?

María Teresa. ¿Cómo?

Manolo. ¡Aquí me casan! Yo podré odiar a las mujeres, pero esto no quiere decir que a mí las mujeres no me gusten; al contrario. ¡Aquí me casan!—me repetía a mí mismo sin dejar de mirar a María Teresa.— ¡Aquí me casan! ¿Medio de evitarlo? ¡Casándome yo antes! Y pensado y hecho; sin pararme en barras lancé a la curiosidad de todos, intrigados por conocer mis antecedentes, el famoso telegramita.

María Teresa. ¿El telegrama?

Manolo. Que habrá causado la estupefacción de mi portera, a quien iba dirigido.

María Teresa. ¿Ah, sí?

Don Nicolás. ¿No era para la institutriz de sus hijos?

Manolo. ¿Qué hijos ni qué institutriz? ¡Si yo no tengo hijos, ni he estado casado nunca, ni lo pensé estar en la vida!

Don Nicolás. ¡Ah, grandísimo zorro! Y perdóneme usted el concepto zoológico. ¡Grandísimo farandulero! Entonces, la novela del divorcio y del adulterio...

Manolo. ¡Usted lo ha dicho! ¡Novela! La novela que había venido leyendo en el tren y que me decidí a poner en práctica. Pero vea usted, don Nicolás, que lo que está de Dios a la mano se viene. A pesar de todas las precauciones, yo me enamoré de María Teresa y María Teresa de mí. Y bendigo la hora en que se me ocurrió la estratagema porque, gracias a ella, he podido convencerme de que esta mujer me quiere por amor, sin importarle un ardite ni mi posición ni mi nombre. Ya ve usted: me creía casado y se iba a escapar conmigo... ¡En ella no hay más que amor, amor únicamente! ¡María Teresa!

Don Nicolás. De modo que esto quiere decir que nos ha estado usted tomando el pelo al pueblo entero.

Manolo. ¡Don Nicolás!... ¡Esto quiere decir que deseaba saber hasta qué punto era capaz una mujer de sacrificarse por un hombre y que estoy satisfecho de la prueba!

María Teresa. ¡Pero esas pruebas se hacen con un gato!

Don Nicolás. ¡Y pobre gato! En fin, se lo perdono a usted por el gozo que me proporciona. ¡Corro a comunicar la buena nueva! ¡Habrá que oir a Micaela? ¡Habrá que oir a tu madre! (Vase por la izquierda.)

Manolo. (Acercándose a María Teresa.) ¡María Teresa! ¿Callas? ¿Qué dices? ¿No te alegras?

María Teresa. Manolo, no sé, no sé... Me ha sorprendido tanto la noticia, que te confieso...

Manolo. ¡Tonta!

María Teresa. Tenía para mí tanto atractivo sacrificarme por ti, era tan halagador... que ahora, casarnos... ¡qué sé yo qué decirte!... (Con interés mal disimulado.) Porque nos casaremos, ¿no es verdad?

Manolo. ¡Aquí mismo, en el pueblo! Y pasaremos la luna de miel en mi finca de «Los Rosales».

María Teresa. ¿Ya no la vendes?

Manolo. Te la regalo a ti. Y a ella vendremos una temporada todos los años por este tiempo para recordar el aniversario de nuestra unión. ¿Qué piensas?

María Teresa. Pienso, Manolo, que eres un gran cómico y que como me has engañado en esta ocasión, me engañarás siempre que quieras.

Manolo. ¿Engañarte? ¡Nunca!

(Sale MICAELA por la izquierda, con la risa del conejo.)

Micaela. (A María Teresa.) ¡Que sea enhorabuena! (A Manolo.) ¡Señor Acuña, bien se ha ganado usted la plaza de embustero!

Manolo. ¡Micaela!

Micaela. (¡Y qué oportunidad he perdido yo de casar a mi María Pepa! Pero ¿cómo no me daría en la nariz? ¡Las tonterías se pagan!)

(En tropel llegan también por la izquierda MARIA PEPA, SOLITA y BLANQUITA. Detrás, calmosamente, aparece DON NICOLAS.)

María Pepa. ¡María Teresa!

Solita. ¡Que sea enhorabuena, María Teresa!

Blanquita. ¡María Teresa!

(Las tres rodean a María Teresa formando un grupo en el primer término izquierda.)

María Teresa. ¡Blanquita!

Blanquita. Pero ¿es posible?

María Teresa. ¡Ya lo ves!

María Pepa. ¡Eso es vista!

Solita. ¡Eso es pupila!

Blanquita. ¡Eso es hilar delgado!

María Teresa. (Llevándose aparte a Blanquita.) Pero ¿qué vista ni qué pupila ni qué hilar, si yo lo sabía?

Blanquita. ¿Qué dices?

María Teresa. ¿Creías que sin tener la seguridad de que era soltero iba haberme metido en esta aventura? ¡Que mal me juzgas!

Blanquita. Pero, ¿tú...?

María Teresa. ¡Claro está! A mí me escribió su hermana la misma noche que llegó Manolo, diciéndome: «Ahí va mi hermano, que está completamente neurasténico, que le profesa un santo horror al matrimonio y que tiene de nosotras, las mujeres, la más desdichada opinión. ¡Imagínate lo que me gustaría que tú le desengañaras y te casaras con él, vengándonos a todas.» Y como el muy bribón nos había dado a entender momentos antes con el telegrama de marras, que era casado, figúrate mi asombro y mi sorpresa. Lo demás todo se ha reducido a llevarle la corriente al pollo y a soportar los desaires del pueblo hasta que se descubriese la verdad. Y ya lo has visto: he cumplido el encargo de Rosarito Acuña. Su hermano se casa conmigo enamorado y dispuesto a no volver a pensar en su vida mal de las mujeres. ¡Estamos vengadas!

Blanquita. ¿Y tú le has dicho todo eso a Manolo?

María Teresa. ¡Ni se lo diré jamás, Blanquita! ¡Ni tú tampoco, por supuesto! Mi silencio es su castigo.

Blanquita. ¡Pues no te lo perdono, María Teresa, no te lo perdono! Que tú supieras la verdad y que me hayas tenido en vilo tantos días .. ¡No te lo perdono!

María Teresa. (Abrazándola.) ¡Blanquita! Piensa que cualquier indiscreción me hubiese comprometido. Unicamente se lo he contado a mi madre porque me dió pena de verla sufrir.

(Por el foro entra PEDRITO y se dirige a Blanquita.)

Pedrito. ¡Ya me tienes aquí, Blanquita!

Blanquita. ¡Hola, Pedrito!

Pedrito. Media hora me he estado paseando por darte gusto. ¡Tú me dirás lo que he ganado!

Blanquita. Pues has ganado en salud.

Pedrito. ¿Cómo?

Blanquita. Pasear media hora, tú que no te mueves de un sitio, no puede ser para ti más beneficioso.

Pedrito. ¡Blanquita! Oye, pero ¿qué hace aquí Manolo Acuña?

Blanquita. ¡Hijo, grandes novedades! Ahora resulta que es soltero y que se casa con tu hermana.

Pedrito. ¿Es posible? ¡Señor Acuña, mal está el jugar con el honor de una mujer, pero, en fin, contando con esa solución!...

Manolo. ¡Perdón, Pedrito! (Se abrazan.)

(Por el foro entra, jadeante, PAQUITO MARQUÉS).

Paquito Marqués. ¡Don Nicolás! ¡Don Nicolás! ¡Ya estoy aquí! ¡Ahí viene mi padrino!

Don Nicolás. ¡Pero, hombre, por Dios, si todo ha sido chufla!

Paquito Marqués. ¿Cómo chufla?

Don Nicolás. ¡Que no hay tal desafío, ni mucho menos!

Paquito Marqués. ¿De modo que no tengo que batirme?

Don Nicolás. ¡Claro que no!

Paquito Marqués. ¡Caray, que me alegro! ¡Qué peso me ha quitado usté de encima! Lo que siento es que he levantado al Coronel de la cama.

Don Nicolás. ¿Que ha levantado usted al Coronel?

Paquito Marqués. ¡Ahí viene!

Don Nicolás. ¡Pues ahora sí que se la ha buscado usted, amigo mío!

Paquito Marqués. ¿Yo? ¿Por qué?

(A la puerta del foro aparece DON GONZALO, del humor que es de suponer.)

Don Gonzalo. ¿Dónde está y con quién hay que entenderse? ¡Pero va al terreno, va al terreno! ¡Actas, no!

Paquito Marqués. (Tembloroso.) Mi Coronel, mi Coronel...

Don Gonzalo. ¿Qué hay, apadrinado?

Paquito Marqués. Que yo lo siento mucho, la verdad, el que usted se haya molestado, pero que es mentira lo del duelo, que todo ha sido una broma. ¡Je! ¡Je!

Don Gonzalo. ¿Cómo broma?

Paquito Marqués. ¡Una broma, sí, señor! ¡Je!

Don Gonzalo. ¡Las narices!

Paquito Marqués. ¿Qué?

Don Gonzalo. ¡No admito bromas!

Paquito Marqués. ¡Don Gonzalo!

Don Gonzalo. ¡Se batirá usted, señor títere!

Paquito Marqués. Pero ¿con quién, don Gonzalo? ¡Si no tengo adversario!

Don Gonzalo. ¡Conmigo!

Paquito Marqués. (Aterrado.) ¿Con usted?

Don Gonzalo. ¡A pistola! ¡A cuatro disparos avanzando!

Paquito Marqués. (¡Rechufla!)

Don Nicolás. ¡Otro que se sube al árbol!

Paquito Marqués. ¡Pero, don Gonzalo!

Don Gonzalo. ¡Burlarse del Coronel Ribera! ¿Sabe usted lo que es eso, so mequetrefe? (Enarbolando el bastón.) ¡Lo divido! ¡Lo convierto en píldoras y lo vendo en su propio establecimiento! (Forcejea con los que le sujetan, deseando triturar a Paquito. Este no sabe donde meterse. Todos se ríen.)

Pedrito. ¡Basta! ¡Se concluyó! No haya pendencias ni disgustos. ¡Tú, Blanquita, y tú, María Pepa, a bailar! ¡Que hasta que luzca el día no se acabe la animación en la caseta de la feria!

Manolo. ¡María Teresa!

María Teresa. ¡Manolo!

Manolo. ¿Eres feliz?

María Teresa. ¿Cómo no serlo al lado tuyo?

Pedrito. ¿Estamos? ¡Pues venga de ahí!

(Blanquita y María Pepa bailan sevillanas mientras Solita toca el piano y empieza a cantar esta copla:)

«Arenal de Sevilla
¡mamita!,
Torre del oro.»

(Vuelven a oirse las trompetillas, los pitos y los pregones.)

—¡Agua! ¡Agua! ¡Fresquita! ¿Quién la bebe?

—¡Látigo y pito!

—¡El bonito juguete para el chiquitín de la casa!

(Mucha animación en la escena. Cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Noviembre, 1919.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El caprichito, entremés. (Segunda edición.)
¡Te la debo, Santa Rita!, entremés. (Tercera edición.)
Los ídolos, comedia en dos actos. (*)
El pañolón de Manila, sainete en cuatro cuadros, con música de los maestros Marquina y Vela.
Correo de gabinete, entremés. (*)
El Patio de los Naranjos, sainete, con música del maestro Pablo Luna. (*)
Punta de viuda, entremés.
El milagro de las rosas, comedia en dos actos. (*)
La primera de feria, zarzuela dramática en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.
Primavera de la vida, comedia en un acto.
La casa de los pájaros, drama en cuatro actos.
Mañanita de San Juan, entremés.
Trini la Clavellina, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro Pablo Luna.
El huerto de los rosales, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.
La sal del cariño, entremés.
La venda de los ojos, entremés con ilustraciones de música popular adaptada por el maestro José Serrano.
La caseta de la feria, comedia en tres actos.

La copla vengadora, novela.
La Casablanca, novela. (Publicadas en «La novela de bolsillo.»)

(*) En colaboración con Julio Pellicer.

PRECIO: TRES PESETAS